

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

NADA HUMANO ME ES AJENO

COLEGIO DE HUMANIDADES y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

**La imitatio auctoris como mapa en la búsqueda
de la voz propia de quien escribe**

Obra creativa con poética

TRABAJO RECEPCIONAL

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE

LICENCIADA EN CREACIÓN LITERARIA

P R E S E N T A

DULCE MARIANA HERNANDEZ MANCILLA

DIRECTORA

LIC. ADRIANA JIMÉNEZ GARCÍA

Ciudad de México, septiembre de 2025.

Agradecimientos

Imaginar escenarios y mundos diferentes ha sido mi guía en esta carrera, pero no sería nada sin la escritura creativa. Plasmar esas ideas en un papel es dar el primer soplo de vida a esa historia loca que nos atraviesa la mente y grita cada vez que puede para hacernos recordar que estamos aquí para inventar y crear nuevas vidas.

En primer lugar quiero agradecerle a mi mamá (Juanita) por apoyarme hasta en la idea más loca que he tenido, por ser mi soporte y mi confidente, por impulsarme a ser yo misma y por animarme cuando dudo de mí. También por su ayuda en aquellos años de infancia cuando teníamos que escribir calaveritas literarias y siempre estuvo su pluma y su mente para enseñarme a crearlas, sin ninguna saberlo me estaba dando pie para lo que hoy soy, una escritora. A mi papá (Doroteo) le agradezco su compañía en las mañanas para tomar el camión, a pesar de que jugaban para ver a quién no le tocaba ir a dejarme a la parada, los tres extrañaremos ese juego. También por sus “échale ganas” que en idioma dorito es una forma de decir que me quiere.

Papá y mamá les agradezco la oportunidad de haber podido elegir mi carrera. Este logro no sería posible sin ustedes dos, sin sus manos que me han sostenido por muchos años y que de ahora en adelante me acompañarán en este nuevo camino. También a mis hermanos (Magda, Edith y Juan) les agradezco por sus risas, por sus juegos y por leerme en alguna que otra ocasión. A mi sobrino (Christopher) por su infaltable pregunta cada vez que me veía escribiendo en mi computadora: “¿estás escribiendo un cuento, tía?”

Ahora quiero agradecer a mi directora, la Lic. Adriana Jiménez García por estos años de escribir y leer una y otra vez el mismo trabajo hasta que quedará como ambas queríamos. De igual forma agradezco a mis lectoras, la Dra. Carmen Ros, la Mtra. Teresa Dey y la profesora Elsa Fujigaki por sus observaciones, por encauzar mi trabajo cuando se vio distante a lo que es hoy, por sus correcciones y recomendaciones en cuanto a mi escritura creativa.

No puedo dejar de agradecerle a mis maestras. Ellas que sin saberlo dejaron una huella imborrable en mí, cada una de ellas a su estilo y a su manera me hicieron amar la literatura. Ana María Martínez, Angélica Barrera, Rosario García Hernández, Carmen Roque, Paula Chávez y a Nayeli Nesme, que con su compañía, consejos y pláticas nocturnas entre canto y literatura me ha ayudado a expandir mi mundo.

¡Vamos por un buen camino! ¡Lo vamos a lograr!

Índice

Introducción.....	1
<i>Rpoza: Tempestad</i>.....	4
¿Cuándo?.....	23
Maldito pueblo.....	28
L´escritora.....	34
Capítulo 1 <i>Imitatio auctoris</i>: Herramienta de búsqueda para encontrar la voz propia	
1.1 Historia de la <i>imitatio auctoris</i>	65
1.2. El plagio: consideraciones acerca del término.....	75
Capítulo 2 <i>Imitatio auctoris</i> de autoría célebre: Cabezón Cámara, la actualidad de la imitación..	80
2.1. Análisis del capítulo “Ay, Chinita de mi vida” de <i>Las Aventuras de la China Iron</i>	86
Capítulo 3 Autores, autora y sus <i>imitatio auctoris</i>.....	93
3.1. “Rpoza: Tempestad”, “El Pequeño héroe” y <i>Noches Blancas</i>	96
3.2. “¿Cuándo?”, “La carta robada” y “El retrato oval”.....	98
3.3. “Maldito pueblo” y <i>Cumbres Borrascosas</i>	100
3.4. “L´escritora” y “Ella habitaba un cuento”.....	101
Conclusiones.....	104
Bibliohemerografía.....	107

Introducción

¿Quién escribe? ¿Quién habla en un poema? ¿Quién narra en una novela? ¿Quién es ese yo de las autobiografías? ¿Quién cuenta un cuento? ¿Quiénes conversan en esa imaginada pieza de sólo tres paredes? ¿Qué voz, activa o pasiva, habla, narra, cuenta, charla, instruye –se deja ver escrita-? ¿Quién es ese ventrílocuo oculto que habla en este mismo momento por mi boca –o más bien por mis dedos?

La pluma, por supuesto, a primera vista o de primera mano anoche. O la máquina de escribir ahora en la mañana. Una segunda mirada sonora, escuchar otra vez ese silencio nos revelará –a mí en este instante; a ti, lector, enseguida- que esa voz inaudita, ese escribano invisible es el lenguaje. Pero la última duda es también la primera: ¿de qué voz original es el lenguaje el eco?

Guillermo Cabrera Infante, *Exorcismos de esti(l)o*

Creatividad, imaginación e influencias artísticas: estas son las tres cosas de las cuales nadie en el mundo de las artes se desprende; algunas personas escribimos, algunas otras pintan, esculpen y otras más hacen música, letras y demás. Abrazar las influencias que nos atraviesan nos hacen ser quienes somos. No es un pecado reivindicar lo que nos ha influido; es imposible que no nos influyan las obras a las que nos hemos expuesto. En este extenso cosmos literario, descubrir nuestro estilo y la voz propia es dejar de temer a nuestros antecesores y dejar de temer y de subestimar nuestra propia creación.

Un manual específico para lograr encontrar nuestro estilo y voz no existe, cada quien atraviesa las vicisitudes que necesita para lograrlo; claro, si es que lo logra. Hay quienes rechazan o admiran tanto a su influencia principal que terminan escribiendo igual que ese escritor o esa escritora, en ocasiones sin darse cuenta y otras más con verdadera consciencia de ello. Sin embargo, existe un paso casi inevitable, la emulación de las obras que admiramos, dentro del inmenso mapa que es la escritura literaria; a pesar de ser sólo eso, hay quienes se pierden en él y nunca salen. Debemos tomarlo con precaución, con seriedad, ante

el horizonte de nuestra escritura creativa; este pasadizo tiene nombre y apellido: *imitatio auctoris*.

La *imitatio auctoris* es un recurso que ha estado presente en la literatura desde la antigüedad, aunque no precisamente con este nombre. Es hasta el Renacimiento cuando esta herramienta toma vital importancia; empero, con los cambios de siglos e ideas esta forma de explorar la propia escritura imitando a los grandes fue perdiendo prestigio, hasta llegar a considerarse una práctica inferior, algo no digno de la gran escritura, y mucha gente hoy aún la considera una manera errónea de escribir.

Ahora bien, en este trabajo vivimos la experiencia de la *imitatio auctoris* como parte de nuestra formación académica y creativa, tomando como modelos a Fiódor Dostoievski, Edgar Allan Poe, Emily Brontë y Guillermo Samperio. La lectura de sus textos, más un análisis cuidadoso, nos llevaron a escribir las cuatro imitaciones que se presentan a continuación.

Obra creativa

Рроза: Tempestad

Mi vida se desvanece con el invierno. El viento derriba la nieve de los árboles; tal como lo ha hecho el tiempo con mis años. Su recuerdo regresa como aquella tormenta que se avecina a destruir un pueblo entero. Años sin su recuerdo. Años de olvido en balde. Ahora regresa a presenciar mi desdicha. Éramos muy jóvenes cuando nos cruzamos, no sabíamos ni presentimos los tiempos que estaban por venir.

–Buenos días, ¿es aquí la oficina del juez Petrov?– mi voz se escuchaba como un estruendo en el enorme edificio real.

–Sí, aquí es. ¿Necesita algo?

Busqué de dónde provenía aquella melodiosa voz; mi mirada se topó con unos ojos que me observaban con detenimiento. Me sorprendió aquella insolencia hacia mi persona, ¿acaso no sabe quién soy? ¿o no le enseñaron que es de mala educación mirar así a la gente? Si así era el juego, yo también podía jugarlo, –pensé–.

Me tomé la libertad de hacer el mismo escrutinio hacia su no tan elegante persona; fijé mi vista sobre sus cafés y grandes ojos, aquellos dos cristales reflejaron vulnerabilidad. Lo sabía, se sentía así ante mi presencia, no obstante, no fue lo único que logré divisar, también había valentía, producto de su repentina y abrupta salida de su pueblo natal a una edad muy tierna, acto que la obligó a vivir en esta desastrosa ciudad, en la lejanía de sus seres amados, de lo ya conocido. Lo lamento, pero la vida es dura y sólo gana el que arriesga. Fui aún más al fondo de sus pupilas y descubrí miedo, sí, era miedo; pensé que era por algo de su pasado, el motivo que la hizo huir de su hogar, temía ser descubierta. Hubo algo que me intrigó a ir más adentro de su ser, descubrir qué era lo que le pesaba tanto como para ocultarse en un lugar como éste. Era como si ella y yo supiéramos la verdad de su mirada.

Mi atención descendió hacia sus labios, estos articularon algo que no entendí, ella insistió.

–Dígame, ¿señorita?– me cuestionó.

–Petrova, Tatiana. Vengo a buscar a mi tío el juez, el que supongo es tu jefe, tengo una cita con él– mis palabras salieron al tiempo que mi escrutinio seguía viajando por su ser físico.

Ella era pelicastaña, herencia eslava por parte materna, su piel era blanca, tan blanca que si fuera un soldado en la guerra de invierno, su camuflaje la ocultaría a la perfección; sus pómulos y barbilla eran delicados, a tal extremo que si mis labios se atrevieran a tocarlos, estos se podrían deshacer bajo ellos, por Dios, qué tonterías imagino, –pensé. Era joven, a simple vista podía calcular que era más o menos de mi edad, tal vez unos meses más grande o un poco más chica que yo; sus facciones y su acento eran como una huella imborrable de su origen, era del norte de Rusia; vino desde muy lejos, sólo para ser la secretaria de un viejo juez. No satisfecha con mi observación, me atreví a regresar a sus pupilas, ellas me recibieron con desprecio y un intento de altanería, sostuvimos nuestras miradas por un minúsculo instante, sin embargo, ella se evadió; una sonrisa triunfadora se dibujó en mis labios, así entenderá que no es bueno mirar a la gente con tal intensidad.

–Señorita Petrova, su tío la espera, por favor sígame– finalizó dando vuelta para caminar hacia la oficina de mi tío, descortésmente no me esperó, la seguí hasta el segundo piso del edificio.

–Por aquí, señorita Petrova, su tío le atenderá.

Entré a la oficina, ahí me recibió el rostro marchito, por los cincuenta inviernos en su haber, de mi tío, sus ojos reflejaban cansancio por ejercer una labor que nunca le había agradado; recuerdo que los adultos murmuraban de él cuando se presentaba a alguna reunión familiar, ya de adulta me enteré que era porque él había querido ser violinista pero el abuelo no se lo había permitido por no ser algo digno de un Petrov; la frustración le pesaba tanto que

lo hacía encorvarse sobre su silla de cuero, las marcas del tiempo se habían apoderado de su cabello; sin ánimo revisaba las hojas de algún caso importante.

Las memorias de aquella tarde, ahora son borrosas casi en su totalidad y no es necesario hacer intento de recuperar lo que el siglo me ha quitado.

Una extensa y dura pelea con mi padre, así como una deuda que mi tío tenía con él, me habían obligado a trabajar como secretaria adjunta en el juzgado. Qué detestable era mi vida. Recuerdo que en ese primer día de trabajo, me levanté a las siete menos treinta, la temperatura afuera de las cobijas era inaguantable, ¿cómo pudo creer mi padre que viviría bien en este lugar? Cómo deseaba estar en casa con mamá frente al reconfortante calor de la chimenea. Por mi ventana se alcanzaba a distinguir el ascenso del sol. Salí de mi recámara y me dirigí al cuarto de mi hermano Miroslav, lo desperté y preparé el desayuno.

Sentado uno frente al otro, a base de monosílabos mi hermano platicaba conmigo; su bigote subía y bajaba al ritmo de su mordida; mi vista continuó el recorrido que años antes había hecho, su rostro sucio por su creciente barba se mantenía serio. Su ceño se fruncía y murmuraba algo cada vez que la cuchara era llevada hasta su boca, una costumbre aprendida de mamá; una cicatriz en la ceja derecha era evidencia de un supuesto accidente infantil. Sus ojos cansados reposaban encima de sus ojeras, aquellas sombras provocadas por un mortal insomnio.

Él me miró con enojo por mi indiscreta observación, sus globos oculares llenos de rabia intentaban matarme. Lo siento, hermano, habría querido decirle, yo no soy la causante de tal sentimiento. Él fue el culpable al menospreciarte por ser una deshonra para su honorable familia, él, que te desterró a este lugar vacío, tal y como lo ha hecho conmigo; a pesar de todo sé que sigues siendo el mismo inocente que corría a las faldas de mamá.

Terminé, terminamos de ingerir nuestros alimentos, Miroslav se fue y yo regresé a vestirme.

Abrió el ropero. Mi fiel shuba, regalo de mi madre, protegía cada parte del conjunto que había preparado la noche anterior, la piel de oveja karakul era buena compañera para evitar el frío; la desabroché y la puse en la cama, seguía mi blusa blanca planchada a la perfección, luego la enorme falda que llegaba a mis tobillos pretendiendo proteger mis piernas del crudo frío moscovita, algo que comprobaría después; el conjunto esperaba sobre la cama. Los minutos pasaban acercándose a la hora de entrada, en mi mesita esperaban la palangana y esponja para limpiarme, agregué algunas gotas de esencia perfumada al agua caliente y la vacié en la palangana, mojé la esponja, la exprimí un poco antes de pasarla por mi cuerpo, sólo las partes esenciales fueron limpiadas.

Con algo de prisa comencé a vestirme, capa a capa mi cuerpo comenzaba a retomar el calor, aquel que el baño había robado. La lana en mi ropa interior protegía mi intimidad y mi torso, mi camisón hacía lo mismo con todo mi cuerpo, abotonaba la camisa sintiendo duros mis dedos por la baja temperatura de la habitación, me coloqué mi chaleco de cachemira café; al ir intercalando una prenda inferior con una superior, el vestuario secretarial comenzaba a tomar forma, mis piernas estaban cubierta por mis medias, seguidas por mi enagua y a esta la cubría mi enorme falda profesional. El toque final para mi atuendo eran un par de guantes, una bufanda, mi gorro y por último mi shuba. Las campanas del reloj anunciaron las siete en punto.

Acomodé mis guantes y cerré la puerta, bajé las escaleras del edificio y salí de ahí. Los carruajes monárquicos transitaban por la avenida principal, el sol estaba terminando de salir, la gente se dirigía a sus labores, algunas otras ya comenzaban a hacer sus actividades; era la tercera vez que caminaba por estas calles, las casas eran de mármol que se confundía con la nieve, esto provocaba un desinterés por admirar su belleza; sin embargo, eran más cálidas y hogareñas que mi piso de convivencia fraterna.

Conforme caminaba sentía cómo la gente me miraba con recelo, ya sea porque sabían quién era mi padre, ya sea sólo por ser nueva en la ciudad, no lo sé.

La delgada capa de hielo sobre la acera me hacía caminar torpemente, pasé por la Catedral de San Basilio, su tinte rojizo enaltecía las muertes que el zar Iván El Terrible había ocasionado y las que él había sacrificado, sus cúpulas tocaban el cielo como muestra de la grandeza divina de los zares; su arquitectura, fiel testimonio de los bizantinos.

Caminé hasta llegar a mi destino. La puerta del palacio estaba a unos metros de mí, por las escaleras algunos funcionarios entraban y salían; yo recién llegaba para iniciar mi labor; empujé la puerta principal, aún faltaban dos pisos para llegar a mi parada. El eco de mis pisadas alertaba a los hombres que, con miradas indecentes, seguían mi compás. Mis pies tocaron el inicio del segundo piso, la puerta de acceso estaba entreabierta, sin fijarme empujé el rectángulo de madera, sin razón aparente éste golpeó algo o a alguien. Me asomé y me encontré con la mirada que un día antes me había examinado. Esos ojos me miraban desde el piso, al que había caído por el golpe de la puerta; en un principio me recibieron con una mueca juguetona pero que al instante cambió por una de molestia. Mi cuerpo inmóvil observó cada detalle de su ya analizado cuerpo, mi divagación se detuvo y puse atención.

Compañeros del lugar se acercaron a socorrerla, otros pocos recogían los papeles esparcidos por la zona de desastre, mientras otros preguntaban por su integridad física. Sin embargo, los más preocupados la ayudaban a levantarse, fue ahí cuando me percaté de que no se había hecho daño.

–Deberías tener más cuidado– sentenció.

–¿Perdón? ¿Estás hablando conmigo?– devolví su descortés acto.

Una lucha de miradas se hizo presente entre las dos, ninguna se daba por vencida.

–Buenos días– la voz grave de mi tío nos detuvo. Me giré para enfrentarlo, ella acomodó su falda y saco.

–Veo que ya se conocen. Señorita Denisova, traiga los documentos del último caso– ordenó, ella se fue sin chistar. Denisova, conque ese es tu apellido. Mis ojos acompañaron su caminar hasta que desapareció en las escaleras.

–Tú, acompáñame– una nueva orden fue dada, ahora era para mí. Lo seguí hasta la puerta, entramos. Después de diez minutos y una aburrida conversación, apareció la mujer que ya consideraba mi archienemiga. La tensión entre nosotras se podía cortar, desde luego mi viejo tío no reparó en ello.

–Señorita Denisova, muéstrele a mi sobrina cada procedimiento por realizar; usted la supervisará– iba a protestar cuando él continuó–No quiero ningún reparo, se lo debo a tu padre, no tienes opción, así se va a hacer y punto, ¿Entendido, Tatiana?

Cruzándome de brazos acepté, ella me miró con superioridad, cómo la detesto, pensé. Salimos de la oficina, la seguí sin pronunciar oración alguna, no podía creer que ella era la encargada.

–Este es mi escritorio, como ves, es sólo para una persona, tú estarás en la silla de allá– dijo viéndome fijamente. Ese era el juego que ella quería jugar, no tenía más remedio que jugar con ella. Aquel día me enseñó cada movimiento de ese lugar, dónde iba tal o cual cosa, tan aburrido era que no presté atención a sus indicaciones.

Mi primer mes iba a ser un fracaso, mi tío me regañó por cada procedimiento que ejecutaba mal, sólo porque Denisova le informaba cada paso que daba.

Seis meses después, nuestra relación era tan descortés que mi tío nos hacía trabajar todo el tiempo juntas en el juzgado, debíamos ordenar el papeleo atrasado, hasta que dejáramos nuestra infantil pelea, como le decía mi tío; o alguna renunciara, o lo que pasara primero. Un día el papeleo se duplicó así que, como era de esperarse, Denisova y yo nos tuvimos que quedar más tiempo; entre papeles de demandas y denuncias el ocaso se apoderó del lugar, nuestro pequeño escritorio y las velas no eran suficientes.

–Ya estoy cansada, deberíamos ir a dormir– protesté como una niña. Ella levantó la vista y me observó.

–Si trabajaras más ya habríamos terminado.

–Ya estoy harta, me voy a descansar– terminé de decir mientras me levantaba y caminaba hacia la oficina de mi tío.

–¿A dónde vas? Tenemos mucho que trabajar.

–A descansar, ¿no me has oído?– le respondí al tiempo que entraba a la oficina. De soslayo pude ver cómo ella tomaba los documentos y un candil para correr detrás de mí.

–No puedes hacer eso– decía entrando –No porque seas la sobrina del juez, puedes hacer lo que te plazca.

Su rostro estaba enrojecido por la prisa de entrar y seguir discutiendo hasta tener la razón o ¿una disculpa por mi falta de actividad? Sea cual fuera su intención lucía verdaderamente hermo/

El viento entró por la ventana, que Denisova había olvidado cerrar. Esto provocó que las hojas salieran volando y el candil se apagara. Por último, el estruendo de la puerta azotándose nos espantó. En medio de la oscuridad mis manos buscaban con desesperación en alguno de mis bolsillos los fósforos que había utilizado para encender la mecha. No tenía nada; los dejé en el escritorio, cómo se me ocurrió dejarlos ahí.

–Hey, ¿tienes más cerillos?

No recibí respuesta; decidí acercarme a la puerta para salir por ellos, a ciegas caminaba; sentí el pomo y lo giré una, dos y tres veces, empujé mi peso para hacerla abrir... ¡Maldita sea, maldito edificio, maldito viento, nos habíamos quedado encerradas!

–Maldita sea. ¿Tienes algo con qué intentar abrir? ¿Estás ahí?– pregunté al mismo tiempo que estiraba mi mano intentando encontrarla y caminar con cautela.

–¿Denisova? – a pasos lentos y a tientas buscaba a mi enemiga. Llegué a donde estaba ella, toqué sus manos que temblaban, ella murmuraba algo y su corazón se encontraba acelerado, era evidente su temor a la oscuridad.

Me acerqué, no hubo necesidad de hablar, sólo la abracé.

Con cautela nos fuimos agachando hasta quedar sentadas en el piso frío de madera, ella se escondió entre mis brazos como un cachorro. Ninguna de las dos decía nada, calculo que estuvimos más de una hora calladas, escuchando nuestra mutua respiración, los latidos de nuestros corazones y el viento a las afueras del edificio, no sabía cómo, pero de algún modo todo era perfecto.

–Sé que no te caigo bien pero, gracias por quedarte conmigo– su voz estremeció la ausencia de ruido.

–No tenía opción, la puerta no abre.

–Cómo eres insoportable.

Ella se separó de mí, se colocó a mi lado, hombro a hombro con la espalda pegada a la pared, no nos podíamos ver por la enorme oscuridad.

–Lo soy, pero sólo bromeaba– el silencio volvió a hacerse presente en la habitación. Tras unos minutos ella volvió a hablar.

–Se ha vuelto aburrida nuestra pelea, no te pido que seas mi amiga, sólo quiero que trabajemos bien y así el juez no nos cargue tanto de trabajo.

–Lo sé, pero tú fuiste la que comenzó todo.

–¿Yo?

–Sí, tú, no parabas de verme el día que nos conocimos y eso no me agradó.

Denisova se quedó en silencio, pensando o recordando lo que había pasado.

–Lo siento, no fue mi intención incomodarte, sólo que nunca había visto a nadie como tú.

–Ya no importa.

El crujir de la madera se oía en el juzgado, nosotras callamos.

–Soy Natalia, ¿y tú?– por primera vez me revelaba su nombre, podía sentir que su mano estaba estirada buscando ser estrechada por la mía. Había entendido cuál era su intención.

–Tatiana– respondí estrechando su mano, como si no nos conociéramos.

Luego de esa pequeña reconciliación y de presentarnos de nuevo, el tiempo avanzó al igual que nuestra plática. Lamentablemente no recuerdo con exactitud qué fue lo que dijo, sólo supe que nuestra enemistad iba desapareciendo. Los temas de conversación aparecían arbitrariamente, supe que ella venía de Norilsk y que tenía dos hermanos mayores, al ser la menor y luego de la muerte de su madre, su padre se encargó de educarla, no iba permitir que su hija fuera una mujer inculta y sin gracia. Los libros de la biblioteca familiar fueron leídos por ella sin excepción alguna, su memoria se llenó de tanta información que su voz se convirtió en un arma femenina. No sólo era hermosa sino que también era inteligente.

Ella se acomodó en la madera y rozó su mano con la mía, cada músculo de mi cuerpo se contrajo, mis pulmones contuvieron el aire, al tiempo que mi pulso se aceleraba y el vacío sonoro me encadenó. Natalia no paraba de hablar, yo no escuchaba nada, mi mente quería evitar las reacciones químicas que estaban sucediendo en mi cuerpo; era algo erróneo, esto no podía ser. Era una maldición, no podía pasar de nuevo, si no enderezaba mi camino, mi padre lo haría otra vez. Mi divagación fue detenida por una simple pregunta.

–¿En algún momento has sentido algo que no debes sentir?

–¿A qué te refieres?

–Este, a eso que no quieres sentir, pero por más que tratas de evitarlo lo sientes, a eso que hace explotar tu mente y tu cuerpo, lo que nos hace seres humanos; lo que le da armonía, paz y tranquilidad a la vida. Lo que muchos buscan y no encuentran, lo que todos anhelamos

en nuestra juventud y en nuestra agonía. Aquello que te hace vibrar sólo por quererlo sentir, eso que mueve a cada ser humano y lo vuelve irracional; la utopía que cada cabeza humana tiene insertada en su mente. Aquella cosa que por siglos se ha pensado como lo máximo, lo sublime, lo inesperado, pero al mismo tiempo esperado.

Lo que el hombre busca a toda costa, y no me refiero al oro, ni a la eterna juventud o al prepucio de Jesucristo, sino aquello que no se puede tocar ni ver, pero sí se puede sentir en lo más profundo de tu ser; eso que te hace ir al mismo destino fatal una y otra vez, a veces sin recibir nada a cambio, otras con un premio enorme que con el tiempo se desvanece, otras tantas aquello en que sólo uno se ve extasiado mientras otro sufre; también es eso que algunas minúsculas ocasiones se torna eterno.

Eso que todos conocen pero ninguno ha sentido en realidad; eso que nos hace invencibles, con lo que podemos conquistar el mundo, lo que a los caballeros motiva frente al enemigo; eso que a pesar de estar en los libros de historia, en las sagradas escrituras, nadie ha podido definir en su totalidad.

Eso que revuelve mis pensamientos, eso que nuestra sociedad sobrevalora y como dije lo busca sin parar, pero que al mismo tiempo nos prohíbe sentirlo, eso que provoca no querer regresar a nuestro hogar; aquello que se debería sentir por otra persona. Esto que nos une pero nos separa, esto— tomó mi mano y la colocó sobre su pecho.

Nuestra sangre viajaba por nuestros cuerpos como una flecha envenenada directo a nuestro Eros, por un momento me sentí perteneciente al mundo.

—Estoy enamorada de ti— concluyó.

Me quedé en silencio, sentí cómo su amor palpitaba bajo mi mano, juraba sentirme viva, en ese momento mis lágrimas brotaron, por primera vez yo existía en este cruel mundo sin alma. Éramos ella y yo en la inmensidad del Imperio ruso, nada podía con mi felicidad, sólo las viejas memorias me hicieron desesperar y adentrarme en el miedo. No podía mostrar

mi secreto, mi padre había sido muy claro, si me desviaba de nuevo, él mismo me mataría o peor aún, podría hacerle daño a Natalia. No, ella lo sabe, pensé, sabe que no podemos, sabe, lo sabe; jalé mi mano con fuerza para deshacerme de su agarre, bruscamente me levanté del piso y me alejé de ella.

–¡No puedes hacerme esto –grité–; sabía que me ibas a destruir! ¡Eres una aberración!

Aunque no la podía ver, sabía que le dolía tanto como a mí, nuestros sollozos se hundían en la ruina de la intolerancia; me alejé y me senté a llorar hasta que Morfeo se apoderó de mí.

La mano de mi tío deshizo el sueño, debía regresar a esta pesadilla llamada realidad. Cuando desperté, Natalia ya no estaba en el edificio, a plena luz se podían ver las hojas que estaban esparcidas por la oficina.

–Tío, yo...

–No te preocupes, Natalia me ha explicado. Anda, toma tus cosas y ve a descansar un poco, estás helada– musitó mi tío como si hablara con un infante. Las manchas secas de salinidad estaban en mis mejillas, al levantarme las limpié, acomodé mi falda, busqué mi shuba y salí del juzgado. El frío quemaba mis pensamientos, mi cuerpo seguía el camino acostumbrado, pensaba y pensaba, no podía dejarla ir de mi mente.

Es igual que yo, me repetía una y otra vez, la emoción recorría mi cuerpo, estaba enamorada de mí y yo de ella, aunque no podemos ¿o sí? Una sonrisa discreta apareció sobre mi rostro maltratado al tener tal idea. La amo, esa es la única verdad, me decía a mí misma. Un calor se instaló en mí, me hizo sentirme capaz de cualquier cosa, sobre todo si estaba a su lado.

El recuerdo de aquel sentimiento vive en mí como un soplo de vida ideal, un ayer casi ahogado por un temor moral y sagrado. Una posibilidad que por el precario amor al prójimo, que tanto se proclama pero tan pocos practican, iba a ser acribillado.

La nieve, que había quedado atrapada en mis zapatos, estaba esparcida sobre la madera fraterna, la chimenea me observaba con furia intentando calentar mis huesos, la voz de Natalia giraba en mi memoria. Mi ropa se desprendía en capas que caían sobre el frío, mi piel transparente no sentía la temperatura; entré a la cama que ansiosa esperaba mi alma. El calor me hizo suya, así como mi amor por Denisova.

–Te quiero– rocé con los dedos mis propios labios, aún no la había besado, pero podía sentir como nuestra naturaleza se extendía por mi ser.

El espejismo de Natalia me miraba con tristeza. La había lastimado. Sus ojos heridos me observaban, sin embargo, sus iris me decían cuánto me anhelaban. Pude sentir que sus manos tocaron mi cadera, mi piel se erizó. Sentí su calidez, estábamos solas en un mundo intransigente.

–Te quiero– le susurré a su aura.

Natalia desaparecía de mi vista, al menos el espejismo me había seguido. El ruido de la puerta abriéndose rompió con mi secreto. Comencé a vestirme, la mañana recién se estaba levantando en la ciudad.

–Tatiana, ya es tarde, el desayuno– Miroslav ni siquiera se había percatado de mi ausencia. Su trabajo en Butyrka era cada vez más demandante, había que hacer entrar en razón a las alimañas, como solía referirse a los presos. Era como un espíritu en el cuarto, era como si viviera sola.

Salí a preparar los alimentos.

Mi mente seguía en las palabras de Natalia. Su amor era sincero como el mío, las tontas peleas eran muestra de nuestro enamoramiento. El cuchillo rebanaba cada verdura, el fuego las cocía con calmada rapidez, aquella voz recorría cada parte de mi corazón.

–Ya era hora– dijo Miroslav al verme salir de la cocina. Acomodé el plato caliente frente a él, giré y me dirigí a la puerta.

Salí. Debía encontrarla.

Mi búsqueda no había dado frutos, no sabía ni donde vivía, estaba ciega ante su silencio. El regreso a la oficina había sido casi como el primer día, sólo que ella no estaba para observarme con intensidad. El papeleo aumentaba conforme los días nacían y ella seguía sin aparecer. Al no estar Natalia, yo debía tomar su lugar, su silla era ocupada por mí, sin embargo, faltaba su perfume en la oficina, no era sólo eso, ella me hacía falta. En su ausencia los días eran eternos. Mi estancia en casa era aún peor, las noches me hacían gritar internamente, su llanto se escuchaba al momento de cerrar mis ojos; el sueño me abandonó por completo, la incertidumbre acerca de su bienestar me hacía querer ir a buscarla, saber cómo y dónde estaba. El dolor que le había provocado era algo imperdonable.

La angustia era más grande que mi prudencia, así que tomé valor para preguntarle a la única persona que tendría una respuesta a mi tormento. Dubitando entré a la oficina de mi tío, el sol frío iluminaba la habitación.

–Aquí están los papeles que me solicitó.

–Déjalos en el escritorio– dejé los papeles, estaba por irme cuando la pregunta salió por entre mis labios.

–Tío, ¿sabe dónde puedo encontrar a Denisova?

–Tú preguntando por ella, ¿no se odiaban a muerte? ¿O acaso es demasiado el trabajo para ti?

–No, sólo... Bueno, eh, se me hace raro que no haya venido en tantos días, tal vez le pasó algo, no sé, sólo es curiosidad.

–Estas mujeres, primero se apuñalan entre ellas y luego se adoran, ni ustedes se entienden, bien dicen que no pueden ser íntimas amigas.

Di media vuelta para salir de la oficina, no podía permitir que mi tío supiera lo que en realidad pasaba.

–No sé mucho, pero al parecer enfermó, tal vez en unos días regrese. Mientras eso sucede tendrás que seguir ocupándote de todo tú sola– pronunció aquellas palabras antes de que yo saliera.

En la penumbra mis pensamientos hacían agitar mi pulso. El fuego de la pequeña vela sobre mi buró proyectaba las sombras de aquella noche, de un contacto que detuve. No sabía a dónde ir o qué hacer sin ella; la buscaba en mi memoria pero sólo regresaban mis propias palabras, el momento que había arruinado todo, las malditas palabras que le había dicho.

Habían pasado semanas desde lo sucedido. Poco a poco me resignaba a no verla, la cantidad de trabajo mitigaba mi dolor, por minúsculos instantes parecía olvidarme de ella aunque dolía. Tal vez, y esperaba que no fuera así, temía que nunca regresara. La mañana se enfriaba conforme el sol subía a su cenit. Mis pisadas eran las mismas nieve tras nieve; entré como de costumbre al edificio. Subí los mismos dos niveles, al entrar su escritorio seguía vacío.

La firma de mi tío estaba en cada papel importante, uno a uno se apilaban frente a mí. Con la mirada baja leía cada frase, cada punto, cada trazo de pluma; el reloj marcaba el tiempo exacto para el buen comienzo laboral. El ruido de unos pasos me hizo subir la mirada, en ese momento, me topé con los ojos que meses antes me habían cautivado, Natalia había vuelto. Sin embargo, no habló conmigo, no me miró, no reparó en mí. Estaba claro que me odiaba, pero yo a ella la amaba.

Se dirigió a la oficina de mi tío, tuve que seguirla, las indicaciones del día aún no estaban dadas, esperé una mirada suya, sin resultados. Adentro, mi tío leía algún nuevo caso, al ver a Natalia, sonrió, había sido grato su retorno.

–Denisova.

–Buenos días, juez.

–Qué gusto que haya regresado, tenía a mi sobrina muy ocupada y sobre todo preocupada por usted, ¿no es así, Tatiana?

No supe qué decir, si fingir que mi tío mentía y estaba exagerando o decir que sí, que no podía con su ausencia. Opté por desviar la conversación hacia las actividades del día y fingir que aquello nunca sucedió.

Después de un rato de órdenes, salimos de la oficina y ella se dirigió hacia el escritorio, mi sangre recorrió todo mi cuerpo en menos de un segundo, mis músculos rígidos esperaban su roce, su tacto, sin siquiera sentirlo.

Las horas pasaban entre documentos nuevos y pasados, Natalia estaba pero no conmigo, era su cuerpo el que estaba junto a mí pero el calor que nos atormentaba estaba ausente. Buscaba hablar con ella a pesar de su clara evasión. No me iba a rendir, ella me había hecho pertenecer al mundo, a nuestro mundo, quería que lo supiera, que las palabras que le dije eran mentira. Ese día no hicimos más que trabajar. Natalia no era igual, y era de esperarse; había sido yo tan idiota como para lastimarla. Por instantes podía sentir su mirada sobre mí, me observaba, lo sé, aunque cuando yo la miraba ella me esquivaba. El final de la jornada estaba por iniciar y ella seguía igual, mi corazón latía demasiado ante su presencia sin que ella lo notara.

Si bien el mundo estaba en contra de nuestro amor, ella debía estar conmigo y yo con ella, valía la pena luchar por nosotras. Decidida, ideé un plan para que me volviera a hablar. Esa noche entre mis cobijas el plan fue tomando forma, hasta que el sueño me invadió.

Al otro día, al llegar a la oficina dejé una nota sobre su escritorio, el temor de ser descubierta era el menor de mis males, algo debía hacer; luego de esperar, ella la encontró y la leyó, una sonrisa alentadora iluminó su rostro pero así como apareció se esfumó, al ver que yo la observaba. Otro día, un pañuelo perfumado, otro más y otra nota, la indiscreción se hizo parte de mí, aunque la discreción tenía un convenio con nosotras, no podía ponerla en riesgo

ni a ella ni a mí misma; en peligro estábamos, sí, pero lo valía. Natalia sabía que era yo aunque no me lo dijera, sin embargo, ella seguía ignorándome.

Estuve a punto de ya no insistir más, ¿era posible que todo hubiera acabado sin tan siquiera haber iniciado?

Llegué a la oficina, Natalia estaba concentrada anotando algo; mi mirada se centró en ella en detalle; la piel de su frente se arrugaba de concentración, su vista estaba clavada en la hoja, su mano izquierda trazaba cada letra con avidez, algo tan poco común pero tan atractivo, era la primera vez que le veía así, en verdad era una mujer hermosa. Su pelo suelto reposaba sobre sus hombros. Salí de mis pensamientos y ella dejó de escribir al oír la voz de mi tío.

–Las hojas del juzgado están sobre el escritorio, necesito que las dos, ¿me oyen? Las dos las sellen y las tengan listas a primera hora, ¿Queda claro?

Sonreí internamente, sabía que era mi oportunidad. Durante nuestra tarea hice hasta lo imposible para que nos quedáramos hasta tarde como aquella otra noche. Mi lentitud la exasperaba, y de vez en vez le provocaba un suspiro de frustración; no teníamos plática, ella no quería hablar conmigo, sólo estaba ahí por orden de mi tío. Yo sabía que tenía que hacer algo para que hablara conmigo.

–¿Natalia?

–Es mejor que sigas trabajando, aún nos queda mucho por terminar.

–Quería decirte que lo de la otra noche... Lo que dije no era verdad, yo...

–Ya no tiene importancia. Olvídalo– mi corazón se apretujó ante su indiferencia.

–Perdóname. Tenía miedo y/

–Déjalo así.

–No, no puedo dejarlo así, me equivoqué. Lo que te dije e hice fue por miedo, reaccioné de la peor manera, a pesar de que sentía y siento lo mismo que tú. Desde el primer

momento que te vi supe que me habías atrapado sin que lo supieras, fui una idiota por lastimarte, te hice llorar y eso nunca me lo perdonaré. No es la primera vez que me gusta una mujer, pero sí la primera en que me siento perteneciente a un mundo distinto. Lo que trato de decir es que estoy... – respiré hondo –Estoy enamorada de ti, de la mujer que me observó con tal detenimiento que me hizo detestarla, la mujer por la que paso las tardes trabajando lento para tenerla más tiempo a mi lado, la mujer torpe que/

–¿Torpe?

–Después de todo lo que te dije, ¿sólo vas a decir eso? – mis ojos estaban inundados por las lágrimas que amenazaban con caer. Natalia asintió, inhalé y miré en otra dirección, era claro que ella estaba jugando conmigo.

–Sí, torpe, porque se enamoró de mí, de esta mujer sin sentido, caprichosa, molesta–concluí.

El silencio nos volvió a callar, nuestras miradas se mantenían, yo la miré hasta llegar a sus labios brillosos por la saliva que su lengua había esparcido. Poco a poco fui acortando la distancia que nos separaba, me recargué en el escritorio y con firmeza besé sus labios.

El beso correspondido se hizo más profundo, sus manos tomaron el cuello de mi abrigo. El deseo de amarnos se apoderó de ambas, sus pasos me guiaron a la oficina de mi tío, los besos mojaban nuestros pensamientos, las palabras se convirtieron en un acto de amor nocturnal. Mi cuerpo y su cuerpo sudaron hasta olvidar lo terrible del mundo; nuestras voces se hacían jadeos que retumbaban por cada oficina del edificio o al menos era así como yo lo sentía, las ropas servían de alfombra para el amor femenino; sus manos me hicieron suya, sin darme cuenta su boca succionaba mi cuello dejando una marca, sus besos me hicieron olvidar cualquier miedo. Ella era mía. Yo era de ella.

Los rayos de la vida se abrían paso entre nosotras. Antes de que alguien llegara, Natalia y yo habíamos abandonado el edificio, el papeleo estaba listo para mi tío. Las huellas

de nuestro amor estaban clavadas en nuestra sangre; el camino brillaba y el aire se hacía más ligero. Yo estaba viva de ilusión.

Al entrar a la casa, Miroslav me esperaba impaciente.

–¿Dónde has estado? Toda la noche te estuve esperando.

–En el juzgado, sabes que nuestro tío nos deja mucho trabajo– dije quitándome la bufanda y el abrigo.

–Qué va, tú tienes que estar aquí, por eso nuestro padre te mandó ¿o acaso andas en malos pasos otra vez?

–Miroslav, basta, fue una noche muy ajetreada, estoy cansada.

Caminé hacia mi cuarto cuando Miroslav me tomó del brazo deteniendo mi caminar, él se acercó y en ese momento vio la marca que Natalia me había dejado, en un solo movimiento su mano golpeó mi mejilla, al instante sentí cómo mi rostro se calentó.

–¿Quién demonios te hizo eso? Eres una puta, ja, eres una pervertida, una cualquiera.

Cubrí mi rostro, mis ojos veían borroso por las lágrimas del golpe.

–¡No me vuelvas a tocar!

–Cómo te atreves a hablarme así. Maldita rozovaya– apretó su puño con tal fuerza que se veía su piel aún más blanca, iba a golpearme nuevamente.

Su mirada me asesinaba, mi mirada lo retaba.

–Por suerte para ti, mañana me voy– dijo mientras aflojaba su puño.

No respondí nada. No sabía que se iba, tanto tiempo pensando en Natalia me había hecho desentenderme de mi vida familiar, si es que se podría llamar así. Miré a mi alrededor, efectivamente las pertenencias de mi hermano estaban a medio organizar, el baúl azul marino esperaba a que yo terminara de acomodar las cosas de su propietario.

–Me voy a América, necesito que termines de preparar mis cosas– él tomó su abrigo y salió.

El golpe había provocado que brotaran lágrimas de frustración. Miserable, piensa que no supe que fue él quien avisó a padre de lo que pasaba, que por su culpa me desterraron junto a él. Esta vez no lo iba a lograr, esta vez se iba a largar lejos de mí. Él se iba a ir. Me iba a dejar sola con Natalia, pensé. Las gotas saladas se llenaron de alegría, iba a estar sólo con ella.

Podría ser una invertida, una desviada, sí; efectivamente eso y más me podría definir según su mente intolerante. Sin embargo, también era una Petrova, hija del gran Vladimir, de aquel hombre que me exilió para destruirme. No lo logró, ni él ni Miroslav; su sangre no me la puedo quitar, seguiré siendo su hija, su hermana, una invertida, una lesbiana, mil cosas más.

Yo era la hija que sufrió el asesinato de su ser por la intolerancia paterna y social. La mujer que se enamoró de otra mujer, que según las leyes terrenales y celestiales no debería ser así. Aquella que según el discurso ortodoxo, merecía un castigo, mujer con mujer era inaceptable. Pero hombre con mujer merecía la máxima aprobación.

Sin saberlo me dieron las armas para luchar por mí, por ella.

Bastó una caricia para darme vida, bastó un roce para darme ilusión, bastó un beso para sellar nuestro pacto. Bastó encontrar a Natalia para sentirme yo misma.

Me recosté...

Era mujer y amaba a otra mujer.

¿Cuándo?

25 de abril de 1875

Sentenciado a la pena capital ante el verdugo.

Ellos saben cuándo voy a morir. No me dicen en qué momento, ni me dicen cómo ni porqué, pero lo saben, lo saben, lo saben.

No sé si el alba o la sombra del cielo están presentes, no sé; aquí todo es igual, igual es la angustia que la incertidumbre, la esperanza que la costumbre, la vida o la muerte, todo es igual.

Mi frente reposa sobre mis rodillas, a pesar de que mis ojos están abiertos no ven nada. Nada hay en mí, soy un espectro en la isla de la vida; la costumbre me hace su esclavo y la incertidumbre su custodio, ocaso y alba acuerdan nunca regresar a mí. Las tinieblas se inmiscuyen por mis fosas nasales, están acostumbradas al olor a sudor, al olor de mis heces, olor a miseria, olor y más olor, ya les es imperceptible.

Me mantengo en la misma posición, mis manos huesudas y llenas de porquería se sujetan entre sí; mis pulgares giran apaciguando mi desesperación, ¿Cuándo será? No lo sé, ¿Cuándo? ... ¿Cuándo? La rotación acelera su viaje sin obtener mi sosiego. ¿Por qué? No lo sé ¿Por qué? No lo sé ¿Cuándo? No lo... ¿De verdad no sé qué me trajo aquí? Lo sé, no, no lo sé pero no es verdad, no merezco esto, no lo merezco. ¡No, no lo merezco! ¡No lo merezco!

Mi cuerpo se azota contra el frío de la oscuridad permanente, repito una y otra vez aquella frase, ¡No lo merezco! El movimiento continúa ocasionándome hematomas, la desesperación se transforma en una carcajada estruendosa que aumenta mi dolor.

Los piojos devoran mis sesos, tal parece que mi cuero cabelludo sólo espera ser ingerido por los malditos parásitos. Mi piel está seca y sólo cubre a un cadáver próximo a morir. ¿Cuándo? ¿Hoy? ¿Mañana? ¿Hoy? ¿Cuándo? No lo sé... no lo sé.

Las horas no existen aquí. El segundo tiene una carrera interminable con la hora pero aquí se mantiene inmóvil. ¡Mátenme! ¡Quiero morir!, grito. El eco de las paredes entra en mí. Río. ¡M! ¡M, mátame! La lucidez me abandona y caigo.

Ella está conmigo, la siento. Su muerte me persigue, tal vez sea mi propia muerte con su firma en ella. Sus ojos me observan desde la oscuridad, me ahogo, me ahogo, me aprieta, su parca me aprieta, no, no, no, no. ¿Cuándo?

Es hora de comer. Mis papilas gustativas están muertas. El sabor ya no es parte de mi vida. Los sabores no existen. Todo sabe igual, a nada. Nada hay aquí, sólo oscuridad, una oscuridad muerta que me roba, me roba mi hambre, mi sed. Todo.

La mugre y el alimento entran a mi boca. Un alimento sagrado no debe ser ingerido por mí. Tan sagrado es que Dios lo reparte a los opulentos y deja morir de hambre al hambriento. Los pasos fuera de mi celda son pesados, hasta ellos están hartos de estar aquí.

Con ayuda de la pared de piedra caliza, me levanto del piso. Mis extremidades inferiores trepidan, mi fuerza muscular es nula. Mi materia gris ordena a mi pie levantarse para caminar como aquella noche que la vi inerte. Él no logra entender la indicación. Otra vez la orden es dada. No es ejecutada.

Vuelvo a tomar la pared para sentarme, el frío se siente más. Mis glúteos tocan el suelo, de nuevo acomodo mi frente sobre mis piernas, sobre mis huesos. ¿Cuándo? ¿Quiero morir? Sí ¿Cuándo? No sé, tal vez hoy o dentro de cien años, a los inocentes se los lleva Dios, a los culpables los dejan pudrirse en una celda. ¡En una mierda de celda! ¿Por qué? ¿Por qué? Yo no la maté, no la maté. ¡NO! ¡NO! ¡NO! Sólo quiero que sea mía. No la maté, no. Era mía. ¡Era mía!

No. No. No. Golpeo mi cabeza con el talón de la eminencia tenar de mi mano. Yo no lo hice. No. Mi espalda golpea la piedra caliza. No es cierto, soy inocente, soy inocente. No la maté, no la maté. No.

No la maté. No. No. La maté. La maté. ¡La maté! ¡NO! ¡No le hice nada!

Unos pasos se acercan a la diminuta y enorme celda, las llaves de hierro forjado chocan entre ellas dando aviso de su próximo arribo. El dueño de aquellos pasos se detiene frente al semi portón, la llave que embona a la perfección penetra la cerradura, al abrir éste golpea la pared; la incandescencia solar destroza mis globos oculares. Intento cubrirlos, sin embargo, cuatro manos sujetan mis brazos, que sin músculo alguno continúan adheridos a mí.

Los energúmenos me sacan a rastras, mis pies dejan una marca de suciedad por el pasillo de la penitenciaría.

–Qué hedor, apesta a mierda. Ya no queda nada del hombre respetable y prepotente que llegó– el guardia, que va a mi flanco izquierdo, dice esa amarga verdad.

Mis ojos cegados no recuerdan su función, mi sistema límbico toma cada estímulo de infortunio, desde el ruido más silencioso hasta el silencio más ruidoso entran en mí. Voces, susurros y gritos, están en mi mente, conozco el crimen de cada prisionero, menos el mío. Soy un ser sin ventajas, ser desventajoso, ser desventurado. No merezco esto, no. Derrotado dejo que mi cabeza caiga bajo la gravedad, no queda nada... Nada.

La dureza se estrella contra mi lomo, a ciegas y con mis manos trepidando palpo el lugar, me están observando, lo puedo sentir. Los músculos de mis extremidades inferiores se fuerzan para levantar mi inexistente peso, temblando mi cuerpo se pega al muro, una cubetada de agua helada empapa mis harapos carceleros.

Con fuerza me hacen girar hacia ellos, otro golpe glacial me abraza obstaculizando mi respiración, empero, un gemido ahogado sale por mis labios secos y agrietados. Tiritando junto las manos sobre mi pecho; a empujones, jalones y golpes entro por mi propio pie a un cuarto. Mis pupilas logran adaptarse a la claridad, veo borroso pero alcanzo a distinguir siluetas.

–¡De prisa, vístase!– me ordena el guardia para después abandonar la zona.

Acato la orden, no estoy en posición de negarme. A paso torpe me acerco a la mesa, ahí reposa mi traje azul marino, las cosas de aquella noche me acompañan hoy. Con movimiento inseguro tomo el saco y lo pego a mi nariz... El aroma de ella sigue impregnado.

–Vete, no te quiero ver. Sabes que no te quiero, déjame en paz– su voz regresa a mi memoria, las palabras, sus palabras. Mi cuchillo, su sangre manchando mis falanges. ¿Por qué tenías que ser tan dura conmigo? Yo sólo te amaba con locura, tal vez con más locura que amor, pero vaya, quiénes somos nosotros para decir qué tipo de amor es el mejor, si tan sólo hubieras dicho que sí, mi cuchillo estaría intacto y tú, tú mi querida M, tú... No, no, cállate, cállate. No es cierto, no es verdad. No le hice nada. ¿Cuándo?

Termino de vestirme, mi traje hecho a la medida hoy parece hecho para otra persona. Ato los cordones de mis zapatos, acomodo mi chaqué cuando la puerta se abre.

–¿Ya está listo el caballero?

Salgo, camino y me detengo frente a una puerta que, abierta de par en par, me espera. No, no, digo al tiempo que mis pasos retroceden. No, repito. Giro listo para fugarme pero las manos de mis custodios me detienen, lucho pero mis fuerzas no son suficientes, ellos me hacen entrar. La sala está repleta de extraños. ¿Cuándo?

Miro cada rostro. Al frente está el estrado y el juez que litiga mi culpa.

–Siendo 25 de abril de 1875. Usted, el respetable Sir F., ha sido sentenciado a muerte por el asesinato de la señorita M, usted fue juzgado y declarado culpable con una pena máxima de ejecución a cargo del honorable verdugo– mentalmente rechazo su injusta sentencia, no le hice nada. Lo juro.

El guardia más joven de la sala me toma del brazo y me hace incorporar. Me lleva al frente de la multitud que anhela mi sangre. Miro al joven. Estamos solos él y yo. Me apodero de él, veo dudas en sus iris, sabe que soy inocente y esto es injusto, yo no la maté. No quiere ser parte de esto.

Sabe que soy culpable. Él observa la escena de aquella noche, el minuto por el cual estoy delante de él, sabe cómo el cuchillo entra en su torso, en su pierna, en su cuello; ve los últimos segundos de vida de ella, me ve, estoy manchado de su sangre. Sabe que no la maté. Lo sabe.

Miro por última vez sus ojos, él coloca la tela negra sobre mi cabeza, no quieren que vea al culpable de esto. Me arrodillo, coloco mi cabeza en el tronco.

El filo del hacha conoce mi inocencia y conoce mi culpabilidad. Confiado me acomodo, escucho cómo el filo corta el aire.

Malditos, mil veces malditos. Crueles todos ellos, el castigo por matar a un inocente caerá sobre e/.

Maldito pueblo

La naturaleza atravesaba mis sentidos, el sol brillaba a través de la ventana del pequeño *brougham* que me transportaba a mi fatal destino. La muerte de mi padre había arruinado todo mi mundo. Pero eso no le importaba en absoluto a mi madre, que me había obligado a venir a este horrendo lugar.

El trinar de las aves avisaba del despertar del diminuto pueblo. El aire natural y fresco, después de la caída del sereno, limpiaba mis orificios inhalatorios. Las grandes casas de los suburbios iban quedando en la lejanía, la civilización se olvidaba de su evolución y dejaba a la vista a los seres más cavernarios de Inglaterra. El cielo era grisáceo, por aquí nada pintaba para una vida mejor, los hoyos en la carretera nos hacían mover de un lado a otro. El olor a miseria se combinaba con la pestilencia del estiércol, al inhalar me producía náuseas, con el pañuelo, regalo de mi prometida, cubría mi nariz. El polvo y las heces de los caballos arruinaban la pintura de nuestro carro.

–Ya estamos cerca– mi madre rompía nuestro armonioso silencio. Si tan sólo tuviera su mismo entusiasmo por nuestra llegada, si me doliera la muerte de mi padre como a ella, sin embargo, la odio, los odio por haberme hecho dejar mi lujosa vida por un pueblucho, si tan sólo tuviera una minúscula parte de su alegría de retornar al pueblo que vio nacer a mis antepasados.

Giré al ver cómo una carreta pasaba a nuestro lado, sólo para no perder de vista las carencias de su conductor, sus prendas harapientas eran portadas como una honrosa herencia familiar, sus pies desnudos, su piel de color demostraba el linaje esclavo que Dios le hubo otorgado; al instante lo perdí de vista y no tuve más remedio que regresar a mi triste realidad.

Cada tela fina y pesada que cubría mi cuerpo me aprisionaba a una vida infame, mis pies portaban calcetines hechos con la mejor lana, mis zapatos lustrados a la perfección, detuve mi observación al escuchar rugir a mi estómago, que desde hacía cinco horas no había

probado comida alguna. Esto sólo me hacía confirmar lo desventurada y horrible que era mi vida.

Las horas junto a mi madre eran como estar en el averno, maldita la hora en que nací en esta familia. Desde niño el trabajo duro no era parte de mi linaje, el dinero había estado ahí desde antes de que mi padre naciera. Ahora yo tenía que vivir con las consecuencias de su inmundicia. Mi difunto padre solía decirme “El dinero es de quien lo trabaja, tú sólo vives para gastar lo que yo he ganado, no sirves para nada, sólo vives a mis costillas”, odiaba que me dijera eso mientras le disparaba a un venado en el bosque. Sólo lo hacía para humillarme y sentir su poder sobre mí.

El portón marchito de la mansión se abría, los caballos entraban, ellos ya conocían el lugar. El camino de terracería me encaminaba a la ruina familiar, las hectáreas de tierra seca e infértil nos daban la bienvenida, tal vez algo debía servir para sacarnos de la ruina. Los sirvientes nos esperaban frente a la puerta, los caballos giraron por orden del chofer y se detuvieron frente a ellos. Eran cinco los que nos esperaban, el hombre barrigón y con bigote se acercaba para abrir la puerta, bajando la cabeza y estirando su mano se mantenía en silencio. Mi madre fue la primera en bajar.

–Bienvenida, señora Smith.

–Ha pasado tanto, Henry, ya nada es igual– decía mi madre al ver la mansión en ruinas. El infortunio había caído sobre la prestigiosa familia Smith, dueña de todo el pueblo, luego del despilfarro de mi padre, los terrenos intestados, sus malos negocios y préstamos nos habían arruinado, sólo teníamos esta horrenda casucha. De ser los dueños del mundo pasamos a ser una familia apestada, nuestros amigos y socios nos traicionaron, nos dieron la espalda. Todo por culpa de ese maldito hombre, que rogó perdón en su muerte y vivió lo suficiente para ver su caída pero no para vivirla. Ojalá se pudra en el infierno como yo me pudriré en este maldito pueblo.

Al descender del *brougham* mis zapatos pisaron el pasto café, mi madre se atrevía a abrazar a los criados, la mujer más vieja me miraba, ella me sonreía, sus dientes amarillos con las encías negras me hacían querer vomitar, no permití que se acercara a mí. A simple vista se podía ver la miseria que caía sobre nosotros, al parecer eso era una sentencia que no permitía orden en el lugar.

–Él es mi hijo, Joseph junior.

–Es el vivo retrato de su difunto padre– se atrevió a decir la vieja mujer. Hasta aquí me perseguiría su imagen, su odiosa reputación, su detestable nombre era mi maldición, su sangre era mi final. Un gesto de desagrado fue lo que toda esa gente recibió de mí.

El día no fue para nada interesante, la casa por dentro era aún peor. Las paredes tenían hoyos, el piso crujía con cada paso; mi cuarto era pequeño en comparación a mi antigua habitación, los resortes del colchón, junto con la impotencia por mi desgracia, me provocaron insomnio, nada era rescatable en esta casa, ni su gente ni sus cosas.

El canto del gallo me despertó, el aire fresco de la mañana soplaba afuera de mi habitación, la chimenea apenas si mantenía un poco de calor de las cenizas nocturnas, me levanté, caminé hacia la ventana circular, el estar en la parte más alta de la casa tenía sus ventajas, nadie lograba verme, sin embargo, yo observaba cada movimiento de la servidumbre. Bajé a tomar el desayuno, mi madre me esperaba sentada, su plato ya estaba servido.

–¿Qué le ofrezco, señorito?– me preguntó la vieja de dientes horribles.

–Tráigame cuatro huevos revueltos con sólo tres yemas, a medio cocer con una pizca de sal, y una taza de café con dos cucharadas de azúcar, ¡ah! y que el café no esté muy tostado.

–Perdóneme, pero ya no hay huevos, los últimos que quedaban se los dimos a la ama, ¿puedo ofrecerle otra cosa?– al escucharla mi estómago se llenó de bilis, mi boca tenía sabor amargo.

–Está bien, traiga una porción de pan untada con mantequilla, algo de café y...

–Lo siento, señorito Smith, pero no tenemos mantequilla.

–¡Maldita sea, traiga lo que sea para comer!– el manotazo que di sobre la mesa la sobresaltó, salió deprisa hacia la cocina, nada bueno había aquí. Mi madre no se inmutó.

–¿Qué tal dormiste?– preguntó sin despegar los ojos de su periódico.

–De maravilla.

–Es cuestión de tiempo para que te adaptes a tu nueva vida.

–Estamos aquí gracias a la ineptitud de tu esposo, si por mí fuera nunca hubiera puesto un pie en esta casa.

–El juzgado del norte de Estados Unidos ejecutó al inglés Sir Fitzgerald, mejor conocido como “El respetable Sir F.” por el asesinato de Lady Marshall. La ejecución fue realizada por el verdugo– leyó en voz alta ignorando mis palabras.

La vieja regresó con un mísero pedazo de pan, una papa hervida y una taza de café.

–Buen provecho, señorito.

Me quedé observando fijamente la atrocidad del desayuno que me había traído la mujer, mi estómago se llenó de coraje ante la imagen de la pobreza, ni siquiera iba a probar esa porquería. Aventé el plato sobre la mesa, tomé un poco de café con la esperanza de que por lo menos este supiera bien. Sabía horrendo, estaba quemado y amargo, lo escupí todo, mojó la mesa, tomé una servilleta, limpié mi boca y me levanté.

Todo pintaba para hacer de mi vida una verdadera lástima, para nada iba a vivir bien aquí. Su gente, su hedor, su miseria, su todo, me provocaba náuseas.

Pasó un mes desde nuestra llegada. En mi habitación saqué de mi maleta un par de hojas, tintero y pluma, el destinatario era Anastasia Johanson, mi prometida.

Querida y amada mía.

Este mes ha sido un fastidio.

La vida campestre no es para mí, ojalá tu padre nos ayudara a mi madre y a mí a regresar a Londres. Los sirvientes aquí son idiotas, no saben hacer nada bien, la miseria se me mete hasta por la nariz.

No te preocupo más, te extraño y extraño nuestra vida juntos en la civilización londinense.

Siempre tuyo.

Joseph.

Bajé para que alguno de los sirvientes llevara la carta.

–¡Henry!

–Dígame, señorito.

–Lleva esta carta para que la manden a Londres.

–Disculpe, señorito. El mensajero sólo viene los sábados por el correo– dijo temeroso por mi reacción.

–¡Maldita sea! ¡Maldito pueblo!– le arrebaté la carta. Nada me salía bien, todo el mundo estaba en mi contra, la vida y el poder supremo estaban complotando contra mí.

La noche cayó en mi pobre vida, estaba en mi cama cuando escuché unas voces afuera de la casa.

–Es insoportable el señorito– dijo una voz que, en el tiempo que llevaba aquí, nunca había escuchado, no quise asomarme, si me veían dejarían de conversar.

–Shh, cállate, nos van a oír.

–Que me escuchen, no es mentira lo que digo.

–No, pero aún así calla.

–Abuela, no tolero que la trate como la trata, es un mamarracho.

¿Mamarracho, yo? Cómo se atreve.

Cuando me asomé sólo vi las sombras que se dirigían al lado opuesto de la casa. No sólo yo odiaba a la gente que servía, sino que también ellos me odiaban, pero ¿quién era la mujer que me odiaba tanto?

Su identidad era una incógnita que le había dado sentido a esta pesada rutina. ¿Quién era? Estaba seguro que no trabajaba para nosotros, eran sólo cinco sirvientes y no había porqué traer a alguien más. No podía preguntarle a la servidumbre, no caería tan bajo con tal de saber quién era esa mujer.

Yo era el encargado de la administración de la casa, las pocas vacas que quedaban las vendimos para sacar dinero para iniciar de nuevo, era tedioso tener que estar anotando cada movimiento interno, sumar la nula cantidad que iba entrando a la mansión y restar la enorme deuda. Yo debía estar averiguando de quién era la voz que me odiaba no haciendo cuentas inservibles, estoy seguro que ella me detestaba más que yo a este pueblucho.

Cansado de intentar descifrar quién era ella, decidí salir al jardín, el lugar no era nada asombroso a pesar de ser la primera vez que lo visitaba; había una fuente seca por el descuido servicial, algunos árboles marchitos dejaban una vista triste y penosa, sus hojas estaban esparcidas por todo el lugar.

Me senté en la fuente, saqué un puro, di la primera calada, y fue ahí donde la vi por primera vez; sus ojos verdes me miraron con las pupilas contraídas, su pelo lacio estaba sujeto por encima de sus hombros; era una mujer hermosa, ella sola brillaba en todo el mundo, en todo este pueblo infernal, era una criada más en la mansión, mas no trabajaba para mí.

Al verla supe que mi destino deshonoroso estaba cerrado y yo lo había firmado.

L'escritora

Mi enfadoso editor me repite lo mismo cada vez que lo veo, “necesitamos algo nuevo”. Hoy toca ir a su oficina, otra vez. Hace meses que necesita un nuevo libro, sin embargo, no tengo la inspiración necesaria para escribirlo. Al abrirse la puerta del elevador, su sexi secretaria me mira y sonrío.

–Buenas tardes, Gaby– saludo a la secretaria.

–Buenas tardes, señorita Hugo– dice.

–¿Señorita Hugo? Wow, no sabía que ahora me vas a tratar de usted– juego un poco con ella. La última vez que la vi, no fue precisamente con ropa; el recuerdo me hace estremecer.

–Vengo a ver a Joaquín, eso ya lo sabes. Esperaré a que sea la hora– digo sentándome y tomando una revista para leer. Resulta que en este momento no soy la persona más grata para Gaby, después de nuestro encuentro y de la vista, ¡uf!, tan sensual que tuve de ella gimiendo mi nombre. No volvió a hablarme, supe que su novio se había enterado de su pequeño e insignificante desliz con la escritora del momento, una oportunidad que nadie desaprovecha.

Las seis en punto.

–Señorita Hugo, puede pasar– me levanto y le guiño el ojo, sé que un error se puede cometer dos veces y con esa mujer, me equivocaría más seguido.

Joaquín me espera de pie a un lado de su escritorio, el traje sastre hecho a la medida resalta sus pectorales, desde que lo conozco el ejercicio es su vida, no aparenta sus 58 años, su bigote jaspeado por las canas se moja al beber un poco de coñac.

–Aquí está mi escritora preferida. Pasa, querida y siéntate.

Me acomodo en la silla que está frente a su enorme escritorio, la placa con su nombre resalta sobre la madera, las letras en relieve engrandecen su nombre.

Joaquín Hernández Galán

Editor

Unas hojas, que parecen ser un manuscrito, están sobre la mesa, además hay unos cuadros con fotografías, tal vez de su familia o amigos o sólo sea algún tipo de decoración. No doy más importancia a los detalles de la oficina.

–Vamos al grano, tus ventas son asombrosas. Eres best seller en tres países y hoy me llegó un nuevo contrato para una reedición, *Pecados inocentes* ha sido un hitazo pero/.

–Ya sé, ya sé, déjame adivinar, necesitamos un nuevo manuscrito.

–Correcto, necesitamos algo nuevo, no podemos desaprovechar la enorme popularidad que tienes. Claro está, que no puedo perderme de tu talento, sabes que por eso te firmamos en Macintosh y Libros. Así que sí, debes escribir algo mejor que este último.

–¿Crees que no lo he intentado?

–Sé que lo has intentado pero seamos sinceros, estar metida en las faldas de mi secretaria no es precisamente escribir– mi rostro es como una oda para él, su carcajada estalla provocando un eco en la oficina.

–Yo no tengo la culpa de que tengas una secretaria tan grandiosamente atractiva– le digo entre risas.

–Tienes un mes para escribirme algo nuevo, no puedo darte más tiempo, quiero que tu carrera sea lo que creo que va a ser. ¿De acuerdo?– dice retomando la conversación.

–Está bien, en un mes tendrás un nuevo manuscrito.

Me levanto y salgo.

Gaby está esperando el elevador, su hora de salida es perfecta. Me acerco a ella.

Las dos bajamos en total silencio, debe estar incómoda por mi presencia o caliente al recordar todo lo que hicimos. Salimos del inmueble. Mi auto está estacionado frente a la

editorial, ella se detiene al ver al que supongo es su novio. Sonríó triunfante, él sabe quién soy.

–Buenas noches, señorita Gaby, un gusto verla– digo y beso su mejilla, ésta se inquieta al sentir mis labios.

–Si necesitas un buen orgasmo, sólo llama– le susurro.

Camino hacia mi carro, dejando a los dos tensos y seguramente discutiendo.

Las líneas sobre el pavimento pasan veloces como mi camioneta sobre ellas. La música embruja todo mi ambiente solitario. Pienso algo en que escribir, llevo meses intentando pero tal parece que mi mente se ha secado, tanto sexo me ha consumido, río, Joaquín tiene razón.

Algo nuevo... ¿Qué podría ser? Puede ser un cuento acerca de una cuchara, no, aburrido; ya sé de un hombre a punto de ser ejecutado y que está loco por no saber cuándo va a morir, no, muy Edgar Allan Poe. ¿Qué será?

Mi mente sigue decidiendo cuál será mi próxima gran invención. La entrada de mi casa está encendida, mi cochera se abre al sentir el peso de la camioneta. Desciendo del auto y entro a mi casa. Enciendo la luz, dejo mis llaves y me quito la chamarra.

Las paredes blancas son brillantes por la luz, mi computadora está sobre la mesa de centro de la sala, me quito los tenis y camino descalza hacia el sillón más grande y cómodo. Agarro mi computadora, la enciendo y sentada de chinito la acomodo sobre mis piernas; emerge mi fondo de pantalla, soy yo acostada, desnuda con la espalda descubierta y mi trasero tapado con una sábana; cada programa instalado aparece de a poco, es algo lenta la máquina por tanto archivo viejo, algún que otro libro escrito, en mis dulces años de adolescencia, sin publicar.

Abro un documento, el punto de inserción parpadea en la hoja en blanco, en blanco como mi mente. No sale nada, no escribo nada. Carajo, pienso y pienso y ni una mierda sale.

Dejo la computadora y me levanto, cocinar hará que aclare la mente.

Con un poco de música me sacudo las preocupaciones, pico las verduras para saltearlas con un poco de mantequilla, muevo las caderas con suma experiencia, mi voz se proyecta por toda la cocina, las notas afinadas de la canción se mezclan con mi canto. Aviento el pedazo de carne al sartén para terminar con mi cena, sigo bailando.

Sirvo mi plato fuerte y la guarnición, me siento y comienzo a probar la cena. Me limpio las manos y voy por mi computadora, le quito la suspensión y enciende; el archivo sigue en blanco, llevo el tenedor con un pedazo de carne hacia mi boca, mi mandíbula sube y baja destrozando el corte con el filo de mis muelas y demás dientes.

La música se detiene, giro para ver el celular y su nombre aparece en la pantalla: Gaby. Sonrío y respondo.

–Hugo al habla.

–Acepto– responde la voz.

–¿Aceptas?– pregunto, sé a qué se refiere pero quiero oírla.

–Sí, quiero gritar tu nombre.

–¿Gritar mi nombre?

–Quiero el orgasmo que me prometiste.

–Uf, ¿tu novio no dirá nada?

–Eso no importa.

–Bien, sabes dónde vivo– cuelgo.

Una hora después, el sedán gris de Gaby se estaciona frente a la fachada. El timbre suena, tardo unos minutos en abrir, no quiero verme desesperada. Vuelve a tocar.

–¡Voy!– grito poniéndome los tenis.

Abro la puerta, Gaby lleva unos pantalones negros ajustados, sus botas de tacón la hacen ver más alta que yo, su blusa tiene el logo de una banda de rock y su chamarra negra, hacen que me excite un poco más.

–Pasa– ella entra y yo cierro la puerta a mis espaldas.

Le ofrezco un poco de café, sé que no viene a tomar café pero debo controlar la situación, el libro debería estar listo antes de coger otra vez con ella. Bueno, una noche de sexo no me hará mal.

Camino hacia ella, la pego a mí y la beso. Es un beso agresivo, sexual, carnal, no hay nada de por medio, sólo es sexo. Sólo eso.

La cargo y la llevo a los sillones. Desnudo su torso, su brasier sale a la luz, mis labios besan su cuello, ella jadea por el contacto de mi saliva con su garganta. La recuesto, mi cuerpo está entre sus piernas, mi parte femenina se presiona contra su muslo, ella comienza a mover sus caderas, aún con ropa nuestro calor se mezcla humedecido por nuestro flujo. Varios orgasmos son nuestro premio por aquella hazaña sexual, es una amazona montando mi cuerpo.

Miro el techo, el sexo despeja mi mente, las letras y las ideas comienzan a brotar por mi cerebro. Como resorte me levanto, ella está dormida, me acerco a la barra de la cocina, tomo la computadora y regreso a la sala. Ya acomodada, mis dedos empujan las teclas formando los primeros párrafos de la idea.

La arcilla tomaba la forma que yo quería, su jugosidad se moldeaba bajo mis dedos, el torno giraba, la esponja con agua humedecía la arcilla para darle textura.

Mi overol de trabajo secaba mis manos, la música de piano me hacía concentrarme en mi arte. Las ideas llegaban a mi mente en forma de sueños, cada escultura y pieza que había hecho eran sueños materializados.

–Cristina, ya son las once– la voz de mi abuela me hacía detener mi trabajo. Salí, en cinco minutos me bañé y me cambié, había que llegar a tiempo a su cita en el médico. La larga espera en la clínica era típica, favor de llegar quince minutos antes de su cita, dicen. Pero no te dicen que vas a esperar más de tres horas para que el doctor se digne en atenderte.

–Navidad Solís, Josefina– el nombre de mi abuela fue voceado. Las dos nos incorporamos, y entramos al consultorio.

El diagnóstico no había sido alentador, el marcapasos ya no era suficiente, su corazón cada día se iba deteriorando. Al llegar a casa, las dos entramos pensando en lo que tarde o temprano pasaría.

Sentada en medio de mi estudio, observé a mi alrededor, la foto de mi abuela sonriendo abrazada de mi abuelo era el corazón de mi vida; al morir mi madre ellos me habían criado con un apoyo infinito, no sería nada sin mis abuelos.

–¿Qué haces?

Se escuchó, giré buscando a mi abuela pero no había nadie.

–¿Qué haces?– Gaby pregunta por segunda vez.

–Estoy escribiendo algo nuevo– digo sin despegar mi vista de la pantalla, mientras releo lo recién escrito.

–Hacerme gritar abrió tu imaginación, ¿eh?– ambas reímos.

Los murmullos de una conversación brincaban por mi estudio, no sabía de dónde provenían, ¿de arriba?, ¿de abajo? No sé. Me puse de pie, cada recuerdo estaba colocado a la perfección por el cuarto, tenía orden en mi desorden, había piezas a medio terminar, mis primeras creaciones estaban guardadas como trofeos, como un tesoro único. El calendario estaba tachado,

borrados los días que habían pasado y limpios los días que faltaban para mi exposición.

Cinco años habían pasado para que al fin me dejaran exponer mis obras. En la esquina, cerca a la ventana, vi un cuaderno tirado, fui a levantarlo, era mi diario; en él escribía mis sueños acerca de llegar a ser una escultora importante, al pasar las páginas una foto cayó.

El único recuerdo que tenía de mi madre, Aurora, un nombre precioso para una mujer hermosa. A la fotografía le faltaba una parte, alguien la había roto, en ella mi madre sonreía mientras un hombre le rodeaba la cintura con sus brazos, se veía feliz. Al hombre que la abrazaba le habían arrancado la cabeza, siempre pensé que era mi padre, sin embargo, cuando preguntaba nunca recibía respuesta.

Me sumergí en mis pensamientos pero algo extraño pasó, sentí como si alguien me mirara, giré hacia todos lados, buscando a la persona que me acechaba. Nada. La sensación no desaparecía.

Salí de mi estudio, esa mirada me incomodaba, era como si supiera todo de mí.

Los mensajes ignorados y las llamadas sin responder en el celular de Gaby, me ponen nerviosa, sé que es su novio y ella prefiere no responder.

–Deberías irte.

–¿Qué?

–Es mejor que te vayas, tu novio debe estar preocupado, no deja de llamarte– digo sin despegar mi vista de la pantalla.

–¿Eso te importa? Angélica/

–Ja, ahora sí soy Angélica, ya no más señorita Hugo.

–Esto es sólo sexo, a ti que más te da si él se preocupa o no.

–Tienes razón, sólo es sexo– me levanto, tomo su chaqueta y se la doy –No me importa en lo más mínimo, como dices es sólo sexo y como sólo es eso, vete. Ambas obtuvimos lo que queríamos y ya, así que adiós.

Su rostro refleja enojo, sorpresa e indignación, enojada gira y sale azotando la puerta.

Un estruendo me hizo despertar, asustada salí en busca de mi abuela, seguramente fue una explosión, salgo de mi cuarto y... todo estaba en calma; la televisión estaba apagada, la pequeña luz del pasillo alumbraba, el silencio de las respiraciones noctámbulas borraba aquel ruido.

La mañana había llegado a la ciudad, el reloj sonó justo a la hora programada. Mi abuela había preparado el desayuno.

–¡Qué rico huele!

–Son tus favoritos, frijoles chinitos con bolillo caliente– me dijo y besó mi mejilla.

–Usted sí que me malcria– dije sentándome en la mesa frente al plato de frijoles. Las dos desayunamos entre pláticas algo diferentes, el diagnóstico de ayer nos había movido un sentimiento que ninguna de las dos se atrevía a decir; mi abuela era lo único que me quedaba, tres años atrás mi abuelo había muerto de un aneurisma, se fue a dormir y ya no despertó.

Me sumí en mis pensamientos... ¿qué haría sin ella?

–Faltan pocos días para tu exposición, ¿Ya sabes a quién vas a invitar?

–Mmm, todavía no sé.

–¿Y a tu amiga Elvira, no le vas a decir? Hace tiempo que no viene.

Mi abuela no sabía que Elvira no era sólo mi amiga, sino que era mi pareja, mi novia, mi mujer como quien dice. Llevábamos tres años de relación cuando yo quise dar el siguiente paso y a ella... a ella lo único que se le ocurrió hacer fue ponerme el cuerno con una militar; con una Capitán Segundo del vigésimo quinto cuartel de la brigada decimotercera de la Fuerza Aérea. A pesar del tiempo nunca tuve el valor de confesar mi atracción por las mujeres con mi abuela, tenía miedo que ella no me aceptara. Así que opte por callar y hacerle creer que Elvira sólo era una amiga más.

–No creo que venga, está muy ocupada.

–Ah, bueno, pensé que le daría gusto estar ahí, ya será en otro momento.

El dolor de espalda me hace detener mi escritura, es la una de la mañana con cincuenta y dos minutos, me incorporo, apago todo y subo a mi recámara.

En la mañana puedo escribir más, hago mi rutina para descansar, miro la pantalla de mi celular, dos mensajes de Joaquín, uno de mi madre, tres mensajes y dos llamadas perdidas de Gaby. Bloqueo el celular y cierro los ojos.

A mediodía el sonido del timbre me despierta. Debe ser alguien extraviado o algún predicador que tratará de hacerme creer que mi homosexualidad es por falta de Dios ¡ja! Dos veces más timbra la casa, sin moverme espero que la persona se vaya.

Cerca de las tres y media de la tarde retomo mi escritura, ahora preparada para las largas horas de teclear. Un café caliente, un vaso de agua y unas papas me acompañan para empezar.

Cinco días han pasado, los primeros preparativos para la exposición estaban listos. Tres esculturas de torsos de hombre estaban siendo colocadas

en sus pedestales, la galería iluminada con algunas otras de mis obras me hacían explotar de emoción.

Mi celular sonó, era mi representante.

–Cristi, mi querida Cristina Ladrón, ¿Cómo estás? ¿Ya lista para el viernes?– la voz de Rosi Hasso salió del altavoz.

–Rosi, claro que sí, muero de nervios pero no hay plazo que no se cumpla– dije mordiendo la uña de mi pulgar.

–Ay, mi vida, es el debut más esperado, todo el mundo quiere ver tus obras. Pero bueno, al asunto por el que te marqué. Olvidé decirte que debemos abrir la gala con elegancia, así que debes escribir un discurso, pequeño pero conmovedor, lo suficiente para abrir las chequeras de la gente más pudiente, ¿Okey?

–Ah, sí. Este, lo haré, pero ¿por qué no me dijiste antes? Así podría haber tenido más tiempo para pensar– reclamé.

–Ay, querida, mi cabeza estaba en los preparativos para tu gran noche, si no fuera por Rodri que me recordó, no sé qué hubiéramos hecho, pero bueno, nena, te dejo porque hay mucho que organizar, nos vemos el viernes– colgó.

No me dio tiempo de preguntar más.

Los golpes en la puerta paran mi creación. Molesta camino hacia allá.

–Voy, voy, qué manera de tocar.

Al abrir, el novio de Gaby está frente a mí.

–¿Se te ofrece algo?

–Angélica Hugo– dice.

–Sí, ¿quién eres tú?

–Soy el novio de Gaby, la mujer que te estás cogiendo.

–Oh, ¿y eso qué?

–¿Te crees intocable? ¿Crees que te puedes meter en las relaciones ajenas?

–Mira, machito. No sé quién eres ni me interesa. Y para tu información yo no me metí en nada que tu noviecita no quisiera. Si acudió a mí para coger, debe ser por algo. Así que, si me disculpas tengo un libro que escribir– cierro.

Los gritos del hombre y los golpes en la puerta hacen escándalo. Opto por ponerme mis audífonos. Es sólo sexo, me repito. Sólo sexo. Hay ocasiones en las que esta enorme casa me es gigantesca, me ahogo entre sus paredes, me gusta estar sola, sí, de eso no hay duda, pero a veces quisiera tener a alguien con quien compartir mis horas más oscuras, mis miedos, mis metas, saber que al llegar a casa alguien me preguntará cómo fue mi día, que el sexo sea hacer el amor con la mujer que me ame y que yo ame, no sé. Sólo es un sueño que por más que busco, lo único que encuentro es sexo, en estos tiempos nadie quiere algo serio. Sacudo mis pensamientos, regreso a mi texto.

La sensación de pausa se sintió en mi cuerpo, todo se detuvo menos mi mente, vi como todos estábamos inmóviles, era como si nadie nos diera un comando a seguir. Todo se detuvo.

No había nada más allá que ese segundo.

Algo o alguien reinició las actividades. La inmovilidad se convirtió en movilidad, lo rígido se volvió ágil. Lo estático se movió.

Aquella sensación de ser observada regresó, miré en todas las direcciones posibles, nada. Alguien me acechaba, lo sé.

–Cris, ¿dónde se va a poner la escultura de tus pechos?– me preguntó

Nere, mi amiga más cercana.

–No lo digas tan alto.

–Ay por Dios, Cris. No pasa nada, sólo así podrán ver tus pechos, no es como que los vayas a mostrar todo el tiempo ¿o sí? Bueno, dime ¿Dónde la pongo?

–Muchachos, por favor, pongala a lado del hombre feo.

Los jóvenes que cargaban la escultura la colocaron donde indiqué. Era lo último de ese día. Cerramos la galería, debía escribir un discurso.

–¿Vamos por unos tacos?

–Hoy no, debo escribir un discurso para el viernes– dije con un puchero.

–Ja, Ja. Querías ser artista, ¿no? Ni modo, a escribir. Nos vemos el viernes, Puchis.

–Bien, nos vemos el viernes.

Subí a mi moto; clutch, acelerador y en primera, segunda y tercera, mi Pulsar volaba cuando el tráfico me lo permitía. Iba a cien kilómetros cuando ella se apareció en mi camino, estaba parada a unos metros de mí.

Frené de golpe, la llanta trasera derrapó, traté de estabilizar la moto pero la inercia era más fuerte, el manubrio terminó de jalarme, la moto cayó sobre mi pierna y me arrastró unos metros antes de soltarme. En cuestión de segundos mi cuerpo ya estaba en el asfalto, miré al cielo, qué idiota soy, me quedé acostada un instante.

El golpe me aturdió, por suerte mi casco evitó un golpe más severo, me levanté. Ella ya no estaba. Levanté la moto, el rayón al costado derecho dolía en mi cartera, iba a salir caro. Arranqué pero seguía buscándola, no pudo desaparecer tan rápido. Así como apareció se fue.

Al bajarme de la moto supe que mi soma se había enfriado, la adrenalina ya no existía en mi cuerpo. El impacto contra el pavimento recién había aterrizado en mí. Mis pasos eran dolorosos, mi cuerpo duro por el dolor me hacía acordarme de ella. Mi pierna ardía por la quemadura, mi pantalón y mi guante derecho se habían roto, sin hacer ruido entré a la casa, a estas horas mi abuela ya dormía. Me quité el casco, dejé los guantes y las llaves sobre la mesa, caminé con más dolor, el golpe había magullado todo mi talle.

Entré a mi cuarto, me quité la chamarra y el pantalón; ya en el baño, limpié mi maquillaje, el trauma en mis músculos me dificultaba hacer movimientos naturales, desinfecté mis raspones y mi quemadura, no tenía tiempo para lamer mis heridas debía escribir un discurso.

Sentada en mi escritorio frente a la hoja en blanco, pude verla con claridad, su imagen estaba en mi mente; sus ojos azules, su piel clara y su pelo largo ondulado. El segundo en que la vi fue como si se tratara de una vida. Estaba frente a mí, era ella la mujer, la mujer que me acechaba, lo sé, lo pude sentir, el escalofrío que me recorrió milisegundos antes de frenar, me lo confirmó, era ella, ella me miraba a todas horas pero hasta ahora era invisible.

Me horrorizaba el hecho de que era observada todo el tiempo.

La llamada de mi hermano me obliga a cortar la idea. Contesto, dos minutos después y la llamada termina. Mi estómago ruge, miro el reloj, son las once y veintitrés de la noche, no he comido nada. Me levanto, saco una sopa instantánea de mi alacena, caliento el agua, en lo que espero, reviso mi celular. Los mensajes de Gaby maldiciéndome por el altercado con su noviecito llenan mi mensajería.

Ignoro todo aquello, preparo la sopa y me siento de nuevo.

El jueves pasaba sin pena ni gloria, todo estaba listo para mi noche espectacular, aunque si he de ser sincera, ella no salía de mi mente, cada movimiento que hacía era como si ella me lo dijera, como si fuera un muñeco listo para ejecutar lo que sea que ella quisiera.

–Cris– la voz de Rosi me sacó de mi disquisición.

–¿Si?

–Que si te gusta cómo se ve.

–Sí, se ve maravilloso– dije observando cada detalle en la galería, era perfecto para el otro día, no había nada fuera de lugar, todo estaba organizado de pe a pa. Menos mi mente, ella estaba adentro, la podía sentir creando cosas, no, la puedo sentir creándome.

La noche se hizo inacabable, los nervios no me dejaban dormir. La primera pesadilla apareció. Ella... Ella... Ella... Yo... Yo... Yo... Las dos... U.n.i.d.a.s.

El despertador me sacó de ahí, era el día. Hoy era la exposición. Viernes 18 de junio, el gran día.

Entre idas por mi vestido de noche y algunos encargos más, se fueron las horas matutinas y unas tantas de la tarde. A las siete de la noche llegó Nere, ella me ayudaba con mi maquillaje, al ser un día especial necesitaba lucir más radiante que nunca.

–Tu abuela me contó que Elvira no va a venir.

–Sabes que piensa que es mi amiga, no podía decirle. Abuela, Elvira no va a venir porque ya no es mi novia, ¿o sí?

–Claro que no, ni loca lo harías, aparte así estás bien, entre menos sepan de ti, mejor, ¿no es lo que dices?

–Sí, entre más tranquila esté, mejor, no necesita alterarse, ya sabes su corazón es débil– dije con los ojos llorosos.

–Bueno, bueno, ya estuvo de pláticas tristes. Hoy es tu día, hoy van a saber quién es Cristina Ladrón, hoy debemos disfrutar, no cualquiera tiene una exposición como la tuya. Anda, no llores que vas a estropear el maquillaje.

Esa mujer era un amor, desde que nos conocimos supimos que éramos la una para la otra, lástima que no soy su tipo, me falta barba para enamorarla.

Nere recogió sus cosas, mi vestido de noche entallaba mi sensualidad, con el escote asimétrico mis pechos se veían aún más voluminosos, el vestido se ceñía a mi cintura y a la altura de mis posaderas, éstas se veían más grandes, alguna ventaja debía tener un trasero de corazón. El corte del vestido dejaba al descubierto mi pierna izquierda, no era por sentirme sexy pero sin duda lo era, mis zapatos de punta negros jugaban con el tono negro azulado del vestido.

–Te ves como una diosa– dijo Nere al verme.

–Gracias.

–Un momento, déjame retocar el labial.

–¿Te puedo decir algo?

*–Ya te dije que no eres mi tipo, funcionamos mejor como amigas–
reímos por su tontería.*

–No, tonta. Es que... no me hagas caso, luego pienso cosas sin sentido.

–Eso no es cierto, anda dime.

–Está bien, no te ha pasado que en ocasiones ¿sientes como si alguien te estuviera observando?– ella sólo me miró.

*–Me refiero a que a veces siento como si algo o alguien me mirara todo el tiempo, pero por más que busco no hay nadie, es como si ese alguien pudiera ver absolutamente todo de mí pero yo no lo veo, es escalofriante–
Nere rió.*

–Tranquila esas cosas no pasan, eso sólo pasa en las películas, nadie te mira, a menos que...

–¿Qué?.

–O a menos que un perverso te esté acosando– al ver mi rostro ella se retractó.

–No es cierto, sólo bromeo. Tal vez sean los nervios por la exposición de esta noche que te hacen imaginar cosas raras.

Quizá tenía razón.

–Sí, debe ser eso, me están ganando los nervios– sonó el timbre.

–¡Cris!, ¡Nere! ¡El chofer ya llegó!

Todas salimos. Durante el trayecto estuve sumida en mis pensamientos, no podía dejar de sentirme extraña, era como si algo no cuadrara en mi vida.

–Llegamos– el aviso del inicio de mi gran debut me hizo regresar a la realidad.

La gente ya me esperaba, al entrar todas las miradas se posaron en mí. Las esculturas estaban colocadas en medio de la sala, algunas otras puestas en las esquinas del lugar, otras más cerca de las ventanas, en total eran 25 esculturas. Los invitados me saludaban y me halagaban, me sentía

importante. La velada artística se llenaba de buenas vibras, los nervios me traicionaban cada vez que hablaba con alguien, mi lengua no era muy ágil y se tropezaba al inicio de alguna frase. El momento temido por mi falta de labia estaba a nada, era tiempo de abrir la noche y qué mejor que con un discurso.

–Buenas noches, apreciables sabedores del arte, hoy conoceremos la mente hecha escultura de nuestra querida Cristina, damas y caballeros, démosle la bienvenida a la escultora de esta noche, Cristina Ladrón– entre aplausos subí.

–Gracias, Rosi y gracias a usted por acompañarme. Hoy me complace decirle a mi niña interior que lo hemos logrado, tomó bastante tiempo pero cumplí la promesa que le hice. También quiero contarles que hace unos años las únicas personas que creían en mi arte y en mí eran mis abuelos, hoy lamentablemente mi abuelo no está entre nosotros, pero mi abuela sí y lo único que me queda decirle es gracias y que lo logramos. Este es un sueño hecho realidad que sin mis abuelos, sin mi gran amiga Nere y sin Rosi, mi representante, no sería posible. Gracias. Disfruten la noche.

Al terminar mi discurso bajé del pequeño templete, Rosi me felicitaba, cuando la vi. Ahí estaba mirándome parada en medio de toda esa gente. Llevaba un traje negro abierto con la solapa en pico, la piel de su pecho estaba descubierta por el saco, una medallita colgaba de su cuello, sus ojos azules me miraban con tal intensidad que me quedé sin movimiento alguno. Sus labios formaron una sonrisa, ella giró.

–Gracias, me permites.

Caminé hacia ella, se escabulló. Toda la gente seguía en su mundo, tomaban champán, platicaban entre ellos, mi único objetivo era ella, me abrí paso.

–Con permiso. Disculpe, voy a pasar.

Al estar frente a la puerta vi que ella no estaba, había escapado, de algún modo lo había logrado, miré cada rostro, cada sonrisa, fue cuando giré y la vi, estaba afuera del recinto, ¿cómo? A través del cristal vi cómo ella estaba parada del otro lado de la calle. Abrí para salir, sin embargo, un auto bloqueó mi vista, al seguir buscándola me percaté que ella ya no estaba.

Aquella escena no dejaba de girar por mi cerebro, ¿cómo lo había hecho? Era como si pudiera estar en un lugar y de la nada estar en otro totalmente diferente, no podía sacarla de mi sistema.

Me quité mis tacones, tantas horas con ellos me habían lastimado.

–Buenas noches, hija– dijo mi abuela besando mi mejilla.

–Buenas noches, abue. Descanse.

Me desmaquillé, lavé mis dientes. Observé mi rostro limpio, las pocas ojeras se distinguían bajo mis ojos, mi piel morena clara brillaba por la crema humectante, las pequeñas cicatrices de un moderado acné se mantenían en mis mejillas, mis labios delgados, rosas, estaban jugosos de vida, sobre mi nariz se alcanzaba a distinguir una pequeña línea, la famosa marca del niño alérgico; algo había cambiado, mis pupilas cafés estaban más apagadas, su brillo intenso y febril estaba enfriándose.

–¿Qué me estás haciendo?– dije pasando mi mano por mi rostro.

La segunda pesadilla llegó esa noche.

Corría escalera abajo, ella venía detrás de mí. La podía escuchar, venía persiguiéndome, no, estaba delante de mí, no, estaba en mí. “Eres mía” me decía sin parar, los pisos no dejaban de bajar conmigo, los escalones no terminaban de aparecer. Mis piernas seguían luchando contra ella, bajé, bajé, subí, subí, no sabía qué pasaba, ella era la que ocasionaba todo.

Al llegar a la planta baja, sentí su sombra encontrarme, me escondí. “Eres mía” escuché de nuevo, “Vamos, dilo” gritaba. No, no, tapé mi boca con mis manos. “Eres mía” repitió.

Mi respiración chocaba contra mis dedos, no puedo, no puedo. “Eres mía, lo sabes”, cerré los ojos, dejé que mis rodillas tocaran el piso, el silencio se hizo presente. Abrí los ojos, mis manos bajaron hasta apoyarse en mis muslos, miré a la nada. “Soy tuya” dije.

“Eres mía” dijo con sus labios en mi oreja.

Desperté, estaba sudando, ella otra vez.

Me levanté, lavé mi cara con agua fría, mis manos temblaban, mi corazón estaba a punto de sufrir un ataque, estaba mareada, ¿quién era? ¿Qué quería de mí?

–¿¿Quién eres?!, ¡¿Qué quieres de mí?!– los ladridos de los perros me hacían sentir la locura en carne propia. No había razón para gritar, no obtendría respuesta. Me senté en mi cama, miraba mis manos cuando se escuchó.

–Angélica.

–¡Angélica!– el grito de Christopher me asusta. Brico dejando caer la computadora.

–Tarado– le digo al tiempo que le doy un golpe.

–Tranquila, hermanita, no es para tanto, hace rato que estoy tocando y nada. Así que aquí estoy– dice mostrándome las llaves de emergencia.

–Son de emergencia– le arrebato el llavero.

–Uy, que tal y no entro, y algo te había pasado, ¡eh!, o peor aún uno de tus personajes te había matado. No, no chiquitita, mamá me mata si algo te pasa.

–Tonto– digo rodando los ojos, siempre es lo mismo con él –¿A qué viniste?

–Vengo por ti, mamá me dijo/

–¿Qué hora es?

–Son las ocho de la mañana pero por tu tono y por tu facha, estoy seguro que no has dormido.

El tiempo vuela cuando escribo, olvido por completo poner atención a ello.

–Y si no te arreglas mamá nos va a matar.

–¿Por qué o qué?

–Por Dios, Angélica, hoy es lo de papá, recuerda, lunes 13 de agosto, ir...

–¿Ir?... ¡Carajo! ¿Es hoy? Todavía faltaba un mes cuand/

–Cuando le prometiste a mamá ir por el auto de regalo de aniversario para papá.

–Cierto, dame quince minutos en lo que me arreglo– digo subiendo las escaleras.

–¡Date prisa! Debemos estar en la agencia a las 9:40– grita desde la sala.

Dando pequeños saltos me pongo mi pantalón de mezclilla, con mis pechos al aire busco un brasier, elijo uno negro, lo abrocho y arriba le pongo una ¿camisa? ¿blusa? ¿blusa-camisa? Ay, no sé como se llama, es sólo una prenda, pero mamá y Dana se empeñan en decirme que así no se llama que es una blusa, ya no importa el nombre, ropa es ropa.

Cepillo mis dientes, arreglo un poco mis rizos, me pongo un poco de perfume, tomo mis lentes de sol, agarró mi cartera, tiento cada bolsa y parte de mi cuerpo, todo bien. El toque final es el par de tenis de siempre, me los pongo y listo. Bajo y tomo mi celular.

–Ya– digo cerrando la puerta del auto.

–¡Por fin! Tardas un montón, me hago viejo esperándote.

–Ay, ya, arranca, que se nos hace tarde.

–Se nos hace tarde– dice arremedándome.

–Si no fuera por mí, mamá te hubiera puesto una que ni te cuento.

Un choque arrasó con mi habitación, no supe cómo pero todo se había puesto patas arriba. Por un instante sentí como salía volando por los aires, en ese preciso momento la vi por la ventana, ahí estaba ella de pie junto a un hombre.

El golpe contra el piso de mi habitación, me dio la respuesta.

–Abuela, tuve un sueño muy extraño– la falta de respuesta me hizo abrir los ojos. El techo era blanco, había demasiada luz e instintivamente volví a cerrarlos, sentí bajo mis brazos algo afelpado, era una alfombra, definitivamente no estaba en mi cuarto. ¿Dónde estaba?

Me levanté, el flujo sanguíneo llegó de golpe a mi cabeza y me hizo sentarme en el enorme sillón gris, la sala estaba a desnivel en comparación de lo demás, desde donde estaba se podía ver una parte del comedor, había una barra y unas sillas altas de color gris que la rodeaban; el refrigerador de dos puertas era uno de los electrodomésticos que se alcanzaba ver, un horno de microondas estaba a su lado en la parte de arriba.

Giré hacia atrás y habían unas escaleras curvas que daban al piso de arriba, frente a mí estaba un ventanal, el pasto verde se veía, no cabía duda que el dueño de esta casa era de dinero.

Un nuevo misterio se abría frente a mis ojos...¿Cómo llegué aquí? ¿De quién es la casa? No sabía cómo pero estaba ahí. La preocupación primera cambió al instante por otra aún peor. Miré en todas direcciones buscando al dueño.

–¿Hola?–dije con un tono de voz medio, no quería que supieran de mi intromisión a su hogar. Por fortuna no recibí respuesta.

Tenía que salir de ese lugar, me incorporé, di el primer paso con cautela, el segundo lo di tan en falso que me hizo caer.

–Au, debo salir de inmediato.

Me incorporé, busqué la puerta. Giré el pomo cuando me percaté de la foto colgada en la pared. Regresé, ahí estaba ella.

La fotografía era de una familia, eran seis miembros. La primera mujer era morena con algunas canas en su largo pelo, sus ojos café y una sonrisa perfecta; el hombre mayor tenía el cabello canoso en su totalidad, su bigote y barba pintados por las mismas canas, sus ojos azules brillaban de felicidad, era robusto. El hombre joven a su lado, tenía unos lentes, era un poco más alto, la mujer de enmedio era rubia, su nariz respingada resaltaba, era igual a la de su madre, era baja de estatura. A su lado estaba otro hombre mucho más joven que los otros dos, él tenía rasgos muy finos, su barbilla partida mostraba poca barba; y por último estaba ella, su postura con la barbilla hacia arriba demostraba confianza en sí misma, sus ojos azules estaban viendo fijamente a la cámara, eran exactamente como los recordaba; su piel clara brillaba por el sol, su pelo ondulado estaba esponjado pero acomodado, ella llevaba un pantalón de mezclilla, zapatos negros de tacón de aguja y su blusa blanca estaba cubierta por un pequeño blazer.

Era ella.

Tomé el cuadro, estuve a punto de romperlo por el ruido de la perilla que giró. Lo dejé sobre la mesa y corrí, tenía que esconderme, entré al cuarto de limpieza, no cerré la puerta por completo, tenía que verla y enfrentarla.

Ella entró. Dejó sus llaves en la barra de la cocina, se quitó la sudadera, se sentó en el sillón y levantó la computadora. Se colocó sus audífonos y tomó su celular. Debía

aprovechar y salir de ahí. Sin hacer ruido abrí la puerta, con paso fino llegué a la entrada principal, giré para abrir, pero la imagen de una mujer me frenó.

–¿Quién eres tú?

–Eh...yo– balbuceé, no supe qué responder.

–Angélica, me puedes explicar qué significa esto– dijo aquella mujer entrando conmigo sujeta a mi brazo. Angélica, era ella, el nombre que había escuchado era el de ella.

–Gaby, ¿qué haces aquí?– Angélica se quitó los audífonos para luego levantarse, cuando se percató bien de lo que pasaba, miró la escena con los ojos muy abiertos, no por la otra mujer; sino... ¿por mí? Me miraba como si no creyera que yo estuviera parada frente a ella, su vista subía y bajaba por todo mi cuerpo, detallando hasta lo más mínimo.

Pude verla bien, la fotografía era de unos años antes, ahora estaba más guapa, sus mejillas estaban un poco más rellenitas, sus caderas resaltaban su figura, sus ondas eran más lindas, era más alta que yo, fácilmente me podría tomar en brazos y...

–¡Habla, carajo!

–A ti que más te da quién es ella. No tengo porque darte explicaciones. ¿No decías que era sólo sexo? Y lo más importante, ¿quién te crees para entrar así a mi casa?

Me sentía como un objeto más, ya no era parte de la discusión.

–A mí no me vas a cambiar las cosas, vengo a verte y me encuentro con esta... mujer– la última palabra la había dicho con un desprecio tan filoso que estuve a punto de plantarle una bofetada.

–¿Disculpa? No tienes ningún derecho de venir a verme cuando te plazca, recuerda, no soy yo la que tiene novio y anda cogiendo con quién sabe cuántas o cuántos más. Así que le paras a tu escenita o...

–¿O qué? ¿Me vas a pegar? Anda, atrévete, ya veremos cómo te va con los encabezados.

–Vete– dijo ella apretando la mandíbula.

–¡Soy su novia!– grité, al instante las dos giraron para verme, se podía contemplar la sorpresa que había causado en ellas.

–¿Eso es cierto?

–Sí.

Angélica me tomó de la mano y me jaló hasta estar a su lado, sentí algo electrizante cuando rodeó mi cintura con su brazo, sabía que yo pertenecía a ella.

–Ja, ¿desde cuándo? ¿Me vas a decir que durante todo este tiempo que hemos cogido has tenido novia?

–No, y no es de tu incumbencia. Lárgate– dijo Angélica empujándola fuera de la casa.

–Suéltame, te vas a arrepentir Angélica Hugo, vas a saber quién soy.

La mujer gritaba mientras era conducida a la salida. Todo había pasado tan rápido que mi cerebro intentaba entenderlo. ¿Por qué estaba aquí? ¿Mi abuela dónde estaba? ¿Qué acababa de pasar? Mi viaje mental fue interrumpido por su voz.

–¿Cómo entraste a mi casa?

–Yo sólo desperté en tu sala.

–No, no es posible, tú no deberías estar aquí. Yo. Tú. No.

Angélica movía las manos y caminaba de un lado a otro.

–Esto no está pasando, debo haberme caído y me golpeé la cabeza y estoy inconsciente, no, no. O puede ser que el no dormir me esté afectando, por eso estoy alucinando, tanto tiempo escribiéndote me...

–¿Escribiéndome? ¿Es un chiste, verdad?

–Es mejor que tome asiento, esto puede ser muy impactante.

–No, sólo dilo. Basta de rodeos.

–Por favor, cálmate.

–Me puedes explicar quién eres.

–Es que, no es posible, tú eres... Tú eres Cristina Ladrón, ¿no es así?

–Sí, ¿cómo sabes mi ...? Olvídalo, primero dime ¿tú quién eres?

–Verás, básicamente soy tu creadora, mi nombre es Angélica Hugo y estaba escribiendo tu historia. Sólo me ausenté unas horas y cuando regresé tú estabas aquí, no sé cómo sucedió. Sé que eres Cristina Ladrón, eres escultora, vives con tu abuela y eres un personaje de mi nueva historia– dijo dejando caer levemente sus palabras; al escucharla sentí cómo mis piernas se aflojaban, ella me alcanzó a sostener, mi mente viajaba por todas partes y en todas direcciones.

–¿Qué estás diciendo?

–Eres un personaje, Cristina.

–¿Un personaje? Es un juego, ¿verdad?

Angélica se mantuvo en silencio.

–Esto es obra de Nere, estoy segura de que ella planeó todo.

–Cristina.

–No. Ya sé, ya sé, debo haber terminado hasta las chanclas y te contrató para que me trajeras hasta aquí y luego me hicieras creer que soy un... ¿Qué dijiste que soy?

–Un personaje.

–¡Eso!– chasquéé los dedos como dándole la razón–que soy un personaje de un cuento o novela, o lo que sea. Vaya que tiene imaginación esa mujer.

Comencé a reír. Angélica sólo me miró.

–¡Nere, buena broma! ¿Dónde estás? ¡Sal, no me enojaré contigo!–no hubo respuesta–Ya fue suficiente, Nere. Ya no es gracioso.

–Cristina, ella no está aquí.

–Tienes razón, no está aquí porque... ¡tiene una cámara escondida! Cómo no lo pensé antes. Debe estarse muriendo de la risa, pero el que ríe al último ríe mejor, Nerecita.

Al instante comencé a buscar la dichosa cámara. Por más que traté, no la encontraba, debía haberla escondido muy bien.

–Cris. No hay ninguna cámara, Nere no está aquí y todo lo que te dije es verdad.

–Ya no es divertido.

–Lo sé.

Me senté en el sillón. Si no era una broma, eso quiere decir...

–Sé que es difícil de creer, te entiendo ni yo me creo que estés aquí.

–¿Cuál es mi color favorito?– dije lo más bajo que pude, casi como si me preguntara a mí misma. Tenía que comprobar lo que me decía.

–¿Cómo dices?

–¿Cuál es mi color favorito?–alcé la voz.

–El azul.

–¿Qué tono de azul?

–Azul crayola– guardé silencio ante su respuesta –¿Estoy equivocada?

–Nere te dijo.

–No me dijo nada. Sé todo de ti.

–No te creo.

–Prueba.

–¿Qué día es mi cumpleaños?

–El 6 de abril– diablitos, tenía razón.

–¿Qué quería ser de grande cuando era pequeña?

–Paleontóloga. Aunque ser escultora te va mejor.

–Nere te dijo algo, seguramente trata de emparejarnos y por eso te dio tanta información.

–Sólo me has hecho tres preguntas.

–Cierto, pero aún así ella te dijo algo.

–Podemos estar así toda la tarde, aunque creo que sería aburrido para ambas. Trata con algo más difícil, anda–me quedé pensando...

–¡Ya sé!–me miró esperando que continuara –Hace cinco años me caí de la moto y me hice una herida, ¿dónde tengo la cicatriz?

–En la pierna izquierda.

–¡Mentira!

–Tu cicatriz está en tu pierna izquierda, lo único que es mentira, es que no te caíste de la moto– esperaba que me diera más información –Para comenzar no fue hace cinco años, fue hace dieciséis años y en realidad esa cicatriz te la hiciste cuando te caíste de un columpio y te cortaste con una madera que estaba en el piso.

–Eso lo sabía Nere.

–Correcto, lo único que ella no sabe es que ese día fue cuando te diste cuenta de tu atracción por las mujeres, sí, ¿recuerdas a la enfermera que te atendió? Aquella mujer de ojos ámbar–Angélica lo sabía–pero te lo negaste y no fue hasta que conociste a Elvira que decidiste aceptarlo, al menos con tus amigos porque con tu abuela, no lo has hecho.

–Oh.

–¿Ahora me crees?

–Soy un personaje– dije derrotada. ¿Todo había sido una mentira? Yo era una mentira.

–Tranquila. No es fácil de digerir pero.

–¿Tranquila? Quieres que me tranquilice cuando todo esto es obra de tu imaginación. ¡Yo, Angélica! ¡YO! Soy un producto de ella y quieres que me tranquilice– dije levantándome de golpe.

–Sólo es cuestión de que regreses a tu cuento y todo estará bien– dijo como si de respirar se tratara.

–Ja, ¡No lo entiendes, soy un personaje de un cuento! Mi vida entera es una mentira que escribiste. Y para colmo crees que esto es muy sencillo. ¡No existo!

–Existes, estoy hablando contigo, estás frente a mí, sí existes.

–No me refiero a eso, todo lo has creado, mi vida, mis amigos, nada ha sido real. Ahora estoy aquí contigo pero hace un rato estaba en mi cuarto cuando...– no había nada que hiciera sentido en mi cabeza, todo estaba revuelto.

–Sé que no es lo que esperabas, créeme nunca pensé que esto pasaría, que tú estuvieras frente a mí. Sólo eras un personaje más.

–Para ti era una más. Pero para mí, era mi vida, mi familia, mi mundo, no era una más, Angélica, no lo era.

–Lo lamento. Sólo hay una única solución, debes regresar.

–No entiendo nada.

–Ni yo.

Me siento de nuevo a su lado, su mano acariciaba mi espalda tratando de calmar mi agonizante angustia, ahora estoy aquí, mi abuela debe estar preocupada, ¡Oh, Dios! Su corazón no va resistir mi desaparición. Debo hacer algo.

–Dices que todo se arreglaría si regreso a mi cuento, ¿cierto?– dije un poco más calmada, como si quisiera entender lo que sucedía.

–Sí.

–¿Y cómo hago eso?

–Esa es la cuestión, no lo sé.

–¿Cómo que no sabes? ¡Tú eres la escritora, inventa algo! ¡Maldita sea!

–Sí, lo soy, pero eso no quiere decir que sepa todo, es más todavía no sabía que iba a pasar contigo y de repente apareces de la nada, no estaba en mis planes que estuvieras aquí, en mi casa, conmigo, sólo eras una historia más para mi editor y...

–¿Y qué? Angélica, contesta.

–No sé, no sé cómo hacerlo.

El silencio hacía un escándalo en mis oídos, todo estaba mal. Yo no debía estar aquí. Ella lo debía arreglar, al final de cuentas ella me había creado y si no lo hubiera hecho, nos hubiéramos ahorrado esto.

–¿Por qué le dijiste que eras mi novia?

–¿Es en serio? Estás viendo la situación y me preguntas eso.

–Es lo único que se me ocurre, perdón.

–Angélica, que le iba a decir a esa mujer ¿que soy un personaje? Cuando ni yo lo sabía, ¿qué querías que hiciera? Estaban peleando frente a mí, de alguna manera se tenía que acabar esa pelea.

–Lo sé, me disculpo por eso.

–Debemos hacer algo. Ambas sabemos que no pertenezco aquí– no le di importancia a lo que dijo.

–Correcto, sólo que no se me ocurre nada, debo pensar cómo llevarte de regreso, a menos que...

–¿A menos que, qué?– Angélica se levantó y fue en busca de su computadora.

–No sé cómo lo vamos a hacer, eso está claro. Sin embargo, mi editor me dio tres semanas para entregar el manuscrito, es tiempo suficiente para averiguar cómo regresarte a tu mundo y así yo termino todo antes de la fecha de vencimiento. ¿Qué opinas?

No era una idea descabellada, había tiempo suficiente para intentarlo.

–¿Qué pasará con mi abuela?

–Por eso no te preocupes, tu historia sólo se mueve si escribo algo. En ese caso, ya que mi protagonista está aquí y no dónde debería, y además vamos a estar ocupadas ideando el cómo para tu retorno– suspiró–Lo que quiero decir es que tu abuela no sabrá que no estás, para ella sigue siendo de noche y sigue durmiendo. Cuando logremos regresarte se reanudará todo y será cómo si no hubiese pasado nada. Te doy mi palabra de que no le pasará nada a tu abuela, sé lo que ella significa para ti.

–Está bien, confío en ti– me levanté para idear un plan– Hoy es 19 de junio, tenemos exactamente hasta el/

–No.

–¡¿No, qué?!

–Hoy es 13 de agosto.

Al escuchar la fecha mi cuerpo empezó a desmoronarse.

Todo oscureció.

La veo caer frente a mí. Ella está aquí.

Está aquí... Inconsciente...

Y no sé cómo regresarla a su cuento.

Poética

Capítulo 1

***Imitatio auctoris*: Herramienta de búsqueda para encontrar la voz propia**

1.1 Historia de la *imitatio auctoris*

Se piensa que la *imitatio auctoris* es una técnica antigua, sin embargo, no es así, ya que en la actualidad se continúa con su práctica aunque no de la misma manera e importancia que en siglos pasados.

¿Por qué imitar? Y ¿para qué imitar? Bien, al analizar las técnicas y/o recursos literarios que nuestros escritores y escritoras favoritas utilizan nos adentramos en un mundo distintos, por decirlo de alguna manera es un vestigio de la mente de que quien escribe y escribió, es como si el pensamiento y el momento socio histórico quedaran detenidos en el tiempo y encarcelado en el propio relato.

Como miembros de la comunidad creativa, obtenemos distintas maneras de abordar nuestra escritura, es decir, tomamos los recursos que mejor nos parezcan y los transportamos a nuestro relato, cuento, etc. Es importante dejar claro que al imitar a tal o cual escritor o escritora, nosotros no pretendemos ser ellos, sino que más bien exploramos los recursos que utilizan en sus obras para alimentar nuestra mente y encontrar la voz propia. Ya que el utilizar a la *imitatio auctoris* es sólo una opción más en el extenso mundo que es la escritura creativa.

En la actualidad se busca la dichosa originalidad, sí, hay que ser diferentes a los otros en todo sentido, sin embargo, existen técnicas y recursos literarios que han pasado de un escritor a otro y a su vez han llegado hasta este siglo. Todos somos parte de algo, nos guste o no, esto porque vivimos en sociedad, motivo que nos hace estar influenciados de diferentes maneras, aunque la mayoría de las veces no somos conscientes de ello.

Aunque tanto las temáticas como las reglas de escribir han cambiado conforme el pensamiento avanza, es cierto que en épocas pasadas para ser un gran escritor se debían dominar los recursos literarios de sus antecesores, para lograrlo se debía leer en demasía y ser

un verdadero erudito. Es ahí cuando la *imitatio auctoris* entra, ya que ha sido una de las técnicas de escritura más utilizadas por poetas y escritores.

Conocer las fórmulas idóneas a la hora de escribir un tema o un género específico daban pauta para ser leídos, cabe mencionar que esta técnica no resta originalidad o virtuosidad al momento de exponer nuestra propia voz, sin embargo, hay que tener una severa precaución en su empleo, ya que un uso desmedido puede bloquear nuestro estilo y cancelar la voz.

Para comprender este método debemos iniciar por su origen y su similitud con la *mimesis* griega; pasando por el Renacimiento, siglo que potenció su uso, así mismo nos adentraremos en las terminologías y diferencias que existen entre la *imitatio auctoris* y el plagio, para así evitar un mal uso del término y no confundir uno con el otro.

Desde la antigüedad, el término *imitatio auctoris* ha estado presente: este proviene del latín *imitatio* y del griego *mímesis*, palabras traducidas como imitación.(Wikiwand) Gracias a la consolidación del pensamiento helenista y a la aparición del clasicismo en el siglo I a. C, surge la Teoría de la *imitatio auctoris*; dicha teoría fue promovida por escritores griegos, como Dionisio de Halicarnaso quien defiende a Tucídides como modelo para los historiadores y lo concibe como la práctica retórica de emular, adaptar y enriquecer un texto original de un autor anterior.

Es aquí cuando vemos que Aristóteles menciona en su *Poética* el término *mímesis*, que es “la imitación de las acciones de los hombres, pero no de cualquier hombre, sino de los hombres virtuosos.” (Gelvis: 7). Según la propuesta aristotélica, la *mímesis* se puede comprender como el arte de la imitación. “La palabra *imitatio*, *mímesis* en griego, se debe entender como representación de la realidad” (Aristóteles: 3). Es decir, la base de dicho concepto era la representación de la realidad humana, a lo que nos referimos es que se debían tener ciertas aptitudes para ser considerado un modelo a imitar. Sin embargo, el sentido de

este término cambiaría, siendo en primera instancia como “imitación de la naturaleza”, según menciona Aristóteles, y posteriormente como “imitación de otros autores”, esto claro desde una primera perspectiva oral y luego una literaria.

Como hemos mencionado, es importante entender que hay distintos momentos de lo que ahora conocemos como *imitatio auctoris*. En un principio no era una técnica de escritura sino de oralidad, ya que en la antigüedad los estudiantes debían aprenderse de memoria los discursos para así dar con su propia retórica, es decir, su propia voz. Tal y como se hace referencia en *De Imitatione. Sobre la imitación*, “El término *imitatio* identificaría en latín el ejercicio, primero retórico, luego literario, de seguir a unos modelos bajo unos principios, los cuales terminaron formando un canon: para el mundo clásico, formar parte de ese canon representaba una de las formas de inmortalidad” (Miró Martí: 18).

Sin embargo, para lograr obtener su propia retórica, debían acercarse lo más posible e incluso superar al modelo. Hemos de mencionar que la *imitatio* indica un principio de ejercicio retórico central, es decir que la *imitatio* retórica debe separarse de la *mimesis*. La *imitatio auctoris* representa un dominio del lenguaje que se ve representado en el logro de las fórmulas imitadas. Ya sea oralmente o literariamente el dominio del lenguaje debe ser casi perfecto, empero, en el caso de la literatura este dominio se ve representado en el logro de las fórmulas imitadas, ya que son más palpables o visibles en lo escrito.

Al respecto Helena Beristáin menciona en su *Diccionario de retórica y poética*: que “la *mimesis* artística corresponde al discurso literario, a la poesía, donde la contemplación de lo imitado produce deleite y capta la simpatía del receptor para servir a un propósito didáctico (horaciano), pues la poesía instruye de manera didáctica (y no de manera teórica)”. (Beristáin, 1995: 335). Es significativo puntualizar que buscando el término *imitatio auctoris* o las palabras *imitatio* y *auctoris*, por separado, no aparecen en dicho diccionario, la primera

entrada de la letra A es “Ab Ovo” y la última es “Ayudante”, esto también ocurre con la letra I su primera definición es “Icono” y la última es “Iterativo, relato”.

No es hasta que en *La República* de Platón en los libros III y X, que el concepto de *Imitatio* se desarrolló por primera vez de manera crítica, instaurando las ideas fundamentales para los escritores renacentistas, tales como: “la reflexión trascendental sobre la belleza a partir de la teoría de las ideas y asignaba la capacidad del hombre de trascender lo aparente del mundo material y llegar al conocimiento de la realidad verdadera”. (Miró Martí: 17)

Asimismo, Aristóteles entendería a la imitación como parte de los instintos naturales del hombre, siendo la poesía una manera de manifestación de los mismos, dado que el arte plasmaba los instintos universales de manera individual.

Estas concepciones del término cambiaron luego de restaurarse las doctrinas platónicas y en especial a Plotino¹, lo que provocó que la imitación se entendiera “como un momento esencial del recorrido vital del alma por reencontrarse y volver al Uno, al mundo de las ideas, que no es sino su origen divino.” (Miró Martí: 17). Esta idea se concibe a raíz de una visión metafísica y filosófica de la literatura, al tener esta perspectiva se recuperaba la capacidad de recordar la belleza eterna en la que participa el hombre dada por el don divino que es el arte.

A pesar de que Dionisio de Halicarnaso fue muy influyente en el mundo de la imitación como un recurso válido, su obra se ha perdido casi en su totalidad. Ahora bien, en su texto *Sobre la imitación* orientaba con el objetivo de identificar a los escritores adecuados para emular, así como la forma correcta de imitarlos. “Para la *imitatio* dionisiaca, el objeto de la imitación no era sobre un solo autor, sino sobre las cualidades de muchos.” (West: 1979).

¹ El pensamiento de Plotino es interpretado, por lo general, como un “sistema”, el sistema del Uno, que abarca y considera la Totalidad como un conjunto regido por la ley metafísica de la unidad. (Uña Juárez, Agustín. *Plotino: el sistema del Uno. Características generales*. (Madrid, España: Anales del Seminario de Historia de la Filosofía) 2002.

En los pocos fragmentos que se han conservado de *Sobre la imitación*, se define al término como “la actividad que, mediante la contemplación continuada, reproduce el modelo”, o bien, ese “impulso del alma provocado por la admiración de lo que le parece bello” (Martínez, 2018: 16). Cabe mencionar que dicha orientación era respecto a la oratoria, eje principal de la *imitatio*, y meramente político y pedagógico.

Así como el tiempo avanza, también lo hacen los cambios, hasta aquí hemos notado la transformación del término hasta la Edad Media, donde se practica ya en un sentido más literario y se comienza a emular el legado grecolatino, y continúa la transformación, tanto del concepto como del uso.

Gracias a las diversas formas de ver a la *imitatio auctoris* es que surge una polémica que continuó hasta el Renacimiento, lo que dejaría un huella en el canon literario. La controversia se centraba en cuáles debían ser los principios rectores en la imitación (eje de la creación artística). Esta discusión, como vimos, nació en la Antigüedad y alcanzó su cima en la Italia de principios del siglo XVI. El objetivo principal de esta disputa era recurrir al modelo correcto para una buena escritura en latín. Es importante citar que “antes de que el Renacimiento debatiera qué modelo de lengua latina imitar, hubo un estadio de confusión en el que era difícil distinguir entre el estilo personal de un autor concreto y la corrección sistemática de la lengua.” (Miró Martí: 14).

Esta polémica se dividía en dos grupo: “eclécticos (partidarios de imitar lo mejor de los mejores, teniendo el máximo modelo en uno mismo, según una concepción neoplatónica de la obra literaria) y ciceronianos (partidarios de imitar a un solo autor, el mejor en cada género, y siempre con la finalidad de superar a dicho modelo).” (Miró Martí: 12). Un personaje importante de dicha polémica fue Quintiliano, quien propuso a Cicerón (orador, político, escritor y filósofo latino de orientación ecléctica) como el mejor modelo a seguir.

Es valioso aludir que la educación quintiliana se basaba en que no sólo hay que ser un orador perfecto con la sagacidad en la argumentación, ni el buen decir, ni con el buen juicio del litigante sino que se necesita estar dotado del arsenal proporcionado por las ciencias. Es decir que “Para Quintiliano la oratoria es condición humanizante y su acepción persuasiva lo es aún más, en la medida que contribuye a la sociabilidad de la comuna, arété del humano ser social” (Escalera, 2017: 109)

Otros personajes relevantes en la historia de la imitación renacentista y partícipes de dicha controversia fueron Giovanni Francesco II Pico della Mirandolla y Pietro Bembo. La postura de Pico della Mirandolla es ecléctica ya que considera que “el ideal de belleza es innato y que va más allá del hombre, lo cual le lleva a concluir que es absurdo pensar que un solo escritor sea capaz de reunir en su obra la perfección absoluta” (Miró Martí: 11).

Pietro Bembo, un claro ciceroniano, considera que “la imitación será una necesidad intrínseca del arte y la identificará con el canon de la perfecta elegancia. Para él, la escritura deberá aspirar a la materialización del ideal expresivo, lo cual debe hacerse siguiendo el mejor modelo y evitando aproximaciones parciales o no tan buenas a ese ideal de estilo.” (Miró Martí: 11). Si bien existían estas dos posturas respecto a que era lo mejor, la *imitatio* se valoraba en extremo debido a que utilizar autores clásicos era un ejercicio poético valioso, aunque en la actualidad se busca la originalidad, esto no era así dentro de la literatura renacentista, ya que ésta no era relevante debido a que se prestigiaba a la imitación exacta de los modelos seleccionados.

En otras palabras David Viñas Piquer menciona en *Historia de la crítica literaria*, que “La doctrina de la imitación de modelos presenta en el Renacimiento unas características peculiares. Para empezar, se siente la imitación como necesidad, no como una mera copia o plagio. Es decir: se considera que nadie puede ser un buen poeta si no imita a los antiguos.”

(Viñas Piquer, 2002: 151). La esencia del término se mantiene casi en su totalidad, es decir, nadie puede ser tan bueno si no imita a sus antecesores.

Asimismo Viñas Piquer cita a Lázaro Carreter, quien menciona y denomina que lo que se hacía durante el siglo XVI era una “imitación compuesta” basada “en fundir en una sola voz el eco de los mejores versos leídos” (Lázaro Carreter citado por David Viñas Piquer, 2002: 151). En ese sentido añade que “De modo que fue la imitación compuesta la que pasó a ocupar el lugar central en la poética renacentista. Y hay que tener en cuenta que se imitaban no sólo versos, sino también diseños retóricos, es decir, la *dispositio* global de los poemas.” (Viñas Piquer, 2002: 151).

A pesar de ser una idea respecto a la época renacentista, esto es relevante para quienes escribimos, ya que si bien nosotros no tenemos la necesidad de realizar una *imitatio auctoris* y existen una eterna búsqueda por lo original, notamos que la escritura no se queda en un sólo nivel ya que al imitar tenemos que adentrarnos a la *dispositio*, es decir lo que Demetrio enuncia como “el pensamiento (*inventio*), la dicción (*dispositio*) y la composición (*elocutio*)” (Demetrio, 1996: 41-42). Con esto nos referimos a los pasos que se siguen durante la escritura, es decir, *Inventio* cuando pensamos lo que queremos escribir, una historia pero qué historia; luego viene *Dispositio* aquí se seleccionan y se ordenan las ideas, dónde empieza, quienes son los personajes, etc; y por último está *Elocutio* la forma en que va a ser expresado aquello que se pensó y se organizó. Ya se trate de una novela, un cuento, un relato, o simplemente se va a exponer la idea, el proceso, según Demetrio, es lo mismo. Aunque estos términos se refieren a la retórica, disciplina que proporciona técnicas para la persuasión y el buen uso del discurso, son esenciales en la escritura.

Ahora bien se piensa que al imitar se pierde originalidad, esto no es así. Dicho de otra manera en el mismo apartado sobre “*La imitatio auctoris*” Viñas Piquer menciona que “Se tiene la total convicción de que se puede ser original imitando a los modelos que más han

impresionado y elaborando luego el propio estilo.” Es de suma importancia esta idea ya que no es imitar por imitar, sino que a la par nosotros vamos adquiriendo herramientas que nos darán pauta para construir la voz propia y en todo caso reconocerla; como se ha mencionado al imitar no pretendemos ser el escritor o la escritora que emulamos sino más bien sostener nuestras ideas, nuestros pensamientos y diversas circunstancias que nos hacen escribir como escribimos a través de las técnicas que ellos utilizan. Por ello también es valioso el análisis de éstas, porque como menciona Viñas Piquer “sólo aquel poeta que conoce bien a los clásicos y tiene grandes conocimientos en general está capacitado para imitar.” (Viñas Piquer, 2002: 151). Para imitar hay que leer y analizar al, a la o a los que se van a emular y posteriormente dar el paso a imitar sin perder el objetivo que es encontrar nuestro estilo.

Ya entrados en el Renacimiento el concepto que se tenía anteriormente cambia en cierto grado, ya que pasó de reflejar los diferentes planos de la realidad en su representación artística a una imitación retórica, es decir, la intertextualidad y el impacto que suponen los autores y sus obras en otros, a través de cómo estos copian o toman dichos textos.

A pesar de ser un proceso común en épocas pasadas, es en el Renacimiento cuando la *imitatio auctoris* tuvo su auge, provocando que se consolidara el concepto de la *imitatio* puramente renacentista. Posteriormente esta técnica permeó al Romanticismo, aunque aquí fueron muy severos con ella debido a la visión que prevalecía respecto a imitación, drásticamente cambió el significado dado, puesto que se desvirtuó al anteponerle criterios no correspondientes a su antaño interpretación, como lo son: la originalidad, es decir, la personalidad inigualable del autor.

En definitiva nuestro contexto histórico es bastante interesante, las épocas y el sentido dado a la *imitatio auctoris* varía conforme el pensamiento social e intelectual que permea dicha perspectiva. Hemos de mencionar que, como se ha observado históricamente, algunas técnicas y corrientes tienen a quienes están a favor y quienes están en contra de su

fortalecimiento o uso. Empero, la *imitatio auctoris* es sólo una forma más de expandir nuestra escritura y voz propia, siempre y cuando se quiera utilizar, debido a que este recurso no es obligatorio para los integrantes de la comunidad literaria.

Regresando a una de nuestras ideas principales, “*nada viene de la nada*”, dicho de otra manera, todos y todas estamos influenciados por tal o cuál autor o autora y no estamos exentos de, inconsciente o conscientemente, serlo.

No es malo estar influenciado por quienes leemos, somos seres sociales y es prácticamente imposible no tener influencia alguna, sin embargo, es importante diferenciarnos o por lo menos sabernos nosotros mismos. Dicho esto, Harold Bloom menciona en *La angustia de la influencia*, que “Las influencias poéticas no tienen por qué hacer que los poetas se vuelvan menos originales, aun cuando no necesariamente mejores” (Bloom, 1991: 15). Efectivamente la originalidad no es sinónimo de perfección, trabajar con las herramientas adquiridas y las propias nos ayudan a expandir nuestra visión creativa y del mundo. Bloom continúa haciendo alusión a Oscar Wilde de quien comenta en *El retrato del Sr. W. H* que “La influencia es simplemente una transferencia de la personalidad, una manera de dar de balde lo que es más precioso para uno mismo. Todo discípulo le arrebató algo a su maestro” (Wilde citado por Bloom, 1991: 14). La originalidad viene del cómo contamos la historia, dicen que todo ya ha sido contando, empero, la visión que le impregnamos es lo que la hace “nueva”, y como dice Bloom siempre tomamos algo de alguien, nuestra escritura está hecha de nanopartículas de cada lectura, aunque nosotros somos quienes le damos el estilo propio.

Prosiguiendo con esta idea, Edgar Allan Poe hace una referencia sagaz en *La Filosofía de la composición* donde menciona que “normalmente un escritor no está en condiciones de volver sobre sus pasos para mostrar cómo llegó a sus conclusiones” (Poe: 5).

¿No sabemos de dónde vienen nuestras historias o simplemente no queremos aceptarlo? Es una pregunta que podemos estar dispuestos o no a responder.

Es así que Charles Rosen refiere en su artículo *“Influencia inspiración y plagio”* que “La influencia de un artista en otro puede adoptar las más variadas formas, desde el plagio, el préstamo y la cita, hasta la imitación, [...] Hace aproximadamente medio siglo, solía entenderse la historia de la literatura como una mera sucesión de tales influencias, y esta tendencia no acaba de pasar de moda” (Rosen, 1999: 14).

Una de las ideas más relevantes que nos aporta Charles Rosen es que “La forma de influencia más importante es aquella que da lugar a la elaboración más original y más personal.” (Rosen, 1999: 15) No hay nada mejor que ser uno mismo dentro de los mundos que vamos creando en tinta o en digital, siempre hay algo que nos detona el querer escribir.

La influencia como creadores y creadoras literarias, es parte de nuestra esencia debido a que nos hemos construidos de pequeños o grandes dejes de imaginaciones atemporales, desde que tenemos uso de memoria hemos mamado una variedad de ideas, gestos, historia y pensamientos que al estar en sociedad se expanden y se terminan de armar con nuestras propias construcciones mentales y de aquellas que nos forman. De igual manera al omitir todas las trabas que como integrantes literarios podemos encontrar, es una manera sutil de ignorar los referentes literarios que tenemos y que, en la mayoría de veces, nos inspiran para ser escritores y escritoras.

Es relevante hacer alusión a que al imitar no plagiamos y al plagiar no imitamos, es decir, que al imitar sólo utilizamos una variedad de recursos pero el cómo plantearlos es nuestro, sin embargo, al tomar un párrafo o el texto íntegro del autor es un claro plagio. Por ello es importante entender las diferencias entre ambos términos.

1.2. El plagio: consideraciones acerca del término

¿Plagio o imitación? La *imitatio auctoris* abarca una serie de líneas, las cuales la separan del plagio, es por eso que es de suma importancia preguntarnos ¿en qué momento o bajo qué circunstancias, nosotros como miembros creativos, cruzamos la delgada línea entre la *imitatio auctoris* y el plagio? Aunque es un tema controversial veremos ideas acerca de esto.

Antes de responder a nuestra pregunta, definiremos qué es el plagio. Según explica María del Pilar Aguilar en “Plagio, un problema emergente en la escritura académica”, “El origen latino del sustantivo plagio (*plagium*) se remonta al siglo III a.C y su acepción era “usar al esclavo ajeno como si fuera propio”. *Plagium*, a su vez, proviene del griego (*plagios*) y se utilizaba para significar un “secuestro” (Aguilar: 139).

La naturalidad del lenguaje es el cambio conforme a su uso y su camino por el tiempo, por ello es trascendental la resignificación de los términos, es debido a esto que a través de los siglos, el significado de esta palabra cambió hasta derivar en lo que actualmente conocemos. Hay que resaltar que “Se usó por primera vez con el significado que hoy le otorgamos en el año 104 d.C, siendo incorporado por la Real Academia Española recién en 1803. Se define como “copiar en lo sustancial obras ajenas, dándolas como propias”. (Aguilar: 139).

Las perspectivas sobre el plagio, más allá de su etimología, varían y una de ellas es el alegato de Federico Hegel en *Filosofía del Derecho* donde se explica que “el plagio debería ser *cuestión de honestidad* y refrendado por ésta. Las leyes contra las infracciones cumplen sus fines de garantizar jurídicamente la propiedad del escritor y del editor, o sea en un ámbito determinado, pero muy limitado”. (Hegel, 1968: 90). Al existir una multiplicidad de repeticiones o bien de variaciones de una misma cosa, de una misma teoría o de una misma representación por más insignificante que sea su modificación provoca que en la propiedad ajena se le imprima el sello superficial de lo propio, esta acción daña total o parcialmente el

fin monetario del inventor sobre su obra, es ahí dónde entraría la honestidad que menciona Hegel. Sin embargo, esto es imposible, ya que como veremos más adelante es cuestión de perspectiva y de ética.

El plagio ha sido objeto de múltiples interpretaciones, la frase que resume muy bien y de una manera interesante es de Juan Carlos Onetti acerca de Roberto Arlt, el cual dice que "era, literariamente, un asombroso semianalfabeto. Nunca plagió a nadie; robó sin darse cuenta" (Onetti citado por Jorge Fornet). Vemos cómo para algunos el plagio es algo sin intención, sólo se hace y ya, no se dan cuenta de que lo están haciendo; en la mayoría de las veces este acto está premeditado, se sabe que algo no es inédito y aún así se presenta y/o se vende como propio, ahí hay una clara alevosía por parte de aquel o aquella pseudo escritor(a) de sacar provecho, ya sea monetario o intelectual, de lo ajeno. Aunque para otros más es una especie de homenaje, jurídicamente esto no es así. Es por ello que existe la ley de Derechos de autor y el Código Penal, debido a esto que el plagio es plagio y está penado.

Es así que en la Ley Federal de Derechos de Autor, en el artículo 3o se da a conocer cuáles son las obras que dicha ley protege. "Las obras protegidas por esta Ley son aquellas de creación original susceptibles de ser divulgadas o reproducidas en cualquier forma o medio".

Además en el artículo 27 en el párrafo dos de la Declaración Universal de Derechos Humanos se expresa que "Toda persona tiene derecho a la protección de los intereses morales y materiales que le correspondan por razón de las producciones científicas, literarias o artísticas de que sea autora."

Mientras que en el Código Penal Federal, en el Título Vigésimosexto: De los Delitos en Materia de Derechos de Autor, en su artículo 427 se menciona la sanción respecto al plagio: "Se impondrá prisión de seis meses a seis años y de trescientos a tres mil días multa, a quien publique a sabiendas una obra substituyendo el nombre del autor por otro nombre".

Tan delgada es la línea que separa a la *imitatio auctoris* del plagio que en todo el mundo y en las épocas predecesoras ha habido diferentes casos donde es evidente el plagio de un autor a otro. Algunos casos conocidos son: el cuento *Luba* de Ricardo Piglia y su plagio de *Las tinieblas* del escritor ruso Leonidas Andreiev; la polémica de Bob Dylan y las acusaciones de plagio por parte de The Wall Street Journal; otro más, es el de Camilo José Cela, que fue acusado de plagio por su novela *La cruz de San Andrés* (ganadora del premio Planeta 1994) por la escritora Carmen Formoso, la cual denunció la semejanza con su propia novela *Carmen, Carmela, Carmiña (Fluorescencia)*.

En la historia de la literatura existen todavía más ejemplos de plagios, sin embargo, extendernos sobre este tema está fuera del propósito de nuestra investigación. Hay que destacar que la idea del plagio y su inclusión en la Ley de Derechos de Autor son relativamente nuevas; en siglos pasados, no se manejaban dichos conceptos ni sanciones. Por este motivo no podemos satanizar y/o creer que escritores de los Siglos de Oro, quienes escribieron o durante la colonia novohispana se plagiaban o se copiaban entre ellos. Es claro que no era así; como lo hemos mencionado al principio había ciertas normas, ideas, temáticas, figuras retóricas, etcétera, que debían estar presente en los escritos para ser leído durante su momento histórico; debido a esto, algunos textos son similares en su estructura, mas no en el cómo fueron creados.

Las prácticas escritas varían según las reglas por las que se rigen las comunidades en cada época. El modo en que se utiliza el lenguaje, ya sea como juego, como forma de expresión, así como diferentes usos traídos por las migraciones que se han establecido por todo el mundo, son ejemplo de ello: en el Romanticismo se tenía cierta manera de escribir, se exaltaba al Yo y al individualismo del poeta y del escritor, los sentimientos eran la fuente principal de los textos; y eran tan fuertes que se debían expresar y dar a conocer, sólo por mencionar algunos rasgos característicos de dicha corriente.

En contraste, durante en los Siglos de Oro se escribían poemas con métrica y con rima, endecasílabos y heptasílabos, por mencionar un caso, con temas como el amor, la naturaleza y la mitología, mientras que la dramaturgia debía estar escrita en verso. De este modo, si estudiamos dichas corrientes y momentos históricos, nos encontraremos con textos escritos de modo similar con los mismos temas, sin embargo esto no quiere decir que se hayan plagiado sino que, por el contrario, como se mencionó anteriormente, para ser leídos en esas épocas se debían seguir las reglas establecidas.

Una vez definido el plagio y después de haber dado ejemplos, es momento de regresar a nuestra pregunta inicial; es importante que como integrantes de la comunidad literaria y académica debamos dar crédito a las ideas que otras personas e intelectuales han expresado y no hacerlas pasar por propias; toda acción intencionada, o tal vez sin intención, es castigada, de ser comprobado el plagio, éste es penalizado. Aunque es importante recalcar que es cuestión de la ética y moral de cada ser humano, de cada escritor o escritora, ya que nadie está exento de plagiar, de ser plagiado, de plagiarse a sí mismos y de ser acusado de ello.

Si bien conocemos el sentido que Linda Hutcheon tienen acerca del plagio, es importante establecer que decidimos pasar de largo de él, debido a que nuestro trabajo está centrado en una perspectiva más antigua, es decir, abordamos toda la terminología del plagio y sus acepciones desde el Renacimiento y cómo ésta se fue construyendo hasta lo que conocemos hoy en día en las lenguas romances.

La originalidad la podemos conseguir en el cómo escribimos, más allá de caminar por la vereda de la *imitatio auctoris*, no necesitamos ser alguien más que nosotros mismos, sólo hay un Edgar Allan Poe y sólo existe una única persona con nuestra imaginación y nuestra visión de la vida, es decir, uno mismo.

Hasta este punto hemos vagado por la extensa historia de la *imitatio auctoris*. Hemos abordado la delgada línea entre imitar y plagiar. Ahora creemos que es momento de

adentrarnos en la teoría llevada a la práctica para dar como resultado un capítulo de novela muy interesante, es decir, veremos un ejemplo de cómo traer a la actualidad a la *imitatio auctoris*. Un paso antes de nuestro análisis de nuestras imitaciones.

Nos referimos a *Las Aventuras de la China Iron* de Gabriela Cabezón Cámara.

Capítulo 2

***Imitatio auctoris* de autoría célebre: Cabezón Cámara, la actualidad de la imitación**

La teoría siempre debe llevarse a la práctica, de no hacerlo sólo queda en eso, en teoría. Hemos abordado a la *imitatio auctoris* desde su parte teórica e histórica, sin embargo, es momento de hacer notar su existencia, aunque sólo sean en breves fragmentos de varios ejemplos, ya que de hacerlo de cada uno de ellos nos llevaría más de dos vidas analizarlos y sobrepasaríamos el límite de páginas para este trabajo.

Asimismo nuestro ejemplo principal es el escrito de Cabezón Cámara por tal motivo decidimos darle voz a aquellos que ya han analizado la novela para mostrar el impacto que la *imitatio auctoris* puede tener en un contexto específico. Y cómo no es el único ejemplo de ello, para luego nosotros analizar nuestra propia obra creativa, presentada anteriormente y analizada en el siguiente capítulo.

En el mundo hay literatura de imitación que no se considera una imitación, por ello es que el texto fundamental en esta parte de nuestro escrito tiene dotes imitativas, sin ser ésta su eje principal; un capítulo exclusivo emulando un estilo ajeno, este es: *Las Aventuras de la China Iron* de la escritora argentina Gabriela Cabezón Cámara.

Dando inicio al análisis de este libro genial por su intensidad y por su deconstrucción, así como por su acierto al traer a la actualidad a un personaje olvidado y sin nombre, que aparece en *El gaucho Martín Fierro* de José Hernández escrito en 1872. Nos referimos a la china, a la China Iron. El seleccionarlo como texto a analizar tiene un porqué: al escuchar el término *imitatio auctoris*, se piensa que es una técnica antigua, algo en desuso y en ocasiones como un error a la hora de escribir, sin embargo, como veremos no es así. Gabriela Cabezón Cámara utiliza dicha técnica en una parte de su obra para profundizar en un Martín Fierro distinto al de José Hernández, pero respetando su manera de versar.

Antes de adentrarnos de lleno en el tema que nos atañe, hablaremos un poco de la historia general de la China Iron y el camino que provoca su encuentro fortuito con Martín Fierro.

El libro de Cabezón Cámara abre una brecha y enfrenta al macho gauchesco. Cuenta la historia de la mujer de Martín Fierro, la china, a quien él abandonó junto con sus hijos. Es necesario destacar que el texto es una parodia.

Helena Beristáin define a la parodia como “Imitación burlesca de una obra, un estilo, un *género*, un *tema*, tratados antes con seriedad. Es de naturaleza *intertextual*. (2018: 391) De igual forma Beristáin define al pastiche como “Obra original construida, sin embargo, a partir de la codificación de elementos estructurales tomados de otras obras. Tales elementos pueden ser *lugares comunes* formales o de *contenido* o de ambos a la vez, o bien formas estilísticas características del autor, de una corriente, de una época, etc.” (2018: 394)

Mijaíl Bajtín menciona en *Problemas literarios y estéticos* una de las características de la parodia “La lengua común es objeto de un manejo del autor con distintos grados de distanciamiento y de exageración con respecto a ella. Cuando la palabra del narrador es *convergente* con la del personaje su discurso no es paródico. Cuando es *divergente* se dan distintos grados de parodia: se estiliza, se ridiculiza, se contradice, etc., el discurso original” (1986)

Continuando con sus características, tenemos a Noé Jitrik que en el capítulo “Rehabilitación de la parodia” de su libro *Para leer la parodia*, indica que “el fundamento de la parodia -como principio formal productivo- es la intertextualidad que si bien no falta en ningún sistema literario, en el latinoamericano es, obviamente, y por razones históricas, peculiar en virtud del peso que tienen en ella, desde los comienzos, ciertos modelos.” (1993: 7) Y enfatiza que “si bien toda escritura organizada descansa sobre la intertextualidad, hay que decir que no toda escritura es paródica” (Jitrik, 1993: 7).

Al respecto, Helena Beristáin define al intertexto o intertextualidad como “Conjunto de las unidades en que se manifiesta la relación entre el *texto* analizado y otros textos leídos o escuchados, que se evocan consciente o inconscientemente o que se citan, ya sea parcial o totalmente, ya sea literalmente (en este caso, cuando el lenguaje se presenta intensamente socializado o aculturado y ofrece *estructuras* sintácticas o semánticas comunes a cierto tipo de *discurso*), ya sea renovados o metamorfoseados creativamente por el autor, pues los elementos extratextuales promueven la innovación.” (1995: 263)

Jitrik menciona que “El primer nivel, el más arcaico, de la intertextualidad es la imitación: más allá, sus mecanismos se utilizan y llegan a zonas de complejidad indiscernible. Pero la imitación es el fundamento, y aparece ante todo como trasplante.” (Jitrik, 1993: 8) Líneas adelante afirma que “la imitación es, a su vez, el fundamento de la parodia, su núcleo esencial pero eso no quiere decir que permanezca en ella, en tanto la parodia obtiene cierta identidad textual se libera de ella. [...] Pero, en sí misma, la imitación descansa sobre una cierta y muy especial inercia, mientras que la parodia supone una decisión.” (1993: 8) Agregando a lo anterior, Jitrik aclara que “no se puede pensar en parodia de algo que no exista. Eso previo está regido por leyes que el gesto paródico admite, aunque para hacer algo diferenciado respecto de ellas «justamente para no permanecer en el campo de la pura imitación», [...] sino es una especie de prolongación que puede ser explicada por la idea de ‘tradición’, cuyo concepto es equivalente al de continuidad, con el añadido de los valores que se le imponen o atribuyen” (1993: 8)

Después de plantear los términos necesarios, es momento de conocer a nuestro personaje: China Josephine Star Iron y Tararira, una mujer que no posee nada y que descubre un mundo nuevo. Deja atrás los vestidos de tela barata y toma en su poder las camisas y bombachas, experimenta un cambio. Es una mujer travestida en un joven. Una clara referencia de la China acerca de este descubrimiento en ella misma: “Me puse su pañuelo

atado al cuello, le pedí a Liz que agarrara las tijeras y me dejara el pelo al ras, cayó la trenza al suelo y fui un muchacho joven, good boy me dijo ella, acercó mi cara a la suya con las manos y me besó en la boca. Me sorprendió, no entendí, no sabía que se podía y se me había revelado como una naturaleza, ¿por qué no iba a poderse?” (Cabezón Cámara, 2017: 24)

Es necesaria una breve alusión a esta parte de la historia, ya que es importante este cambio en la China, debido a que no sólo ella tendrá una “nueva identidad”. Es en la segunda parte de la historia que se titula *El fortín*, en el capítulo “Desnudos la mayor parte y hermosos” cuando la vida de la China se vuelve a unir por un instante a la vida del gaucho Martín Fierro. Aquella coincidencia entre los esposos da pie a la *imitatio auctoris* de Gabriela Cabezón Cámara, quien en el capítulo siguiente “Ay, Chinita de mi vida”, consigue que Martín Fierro verse sobre lo que pasó después de haber abandonado a su joven esposa.

Dicho capítulo da pauta para derrochar el uso de técnicas de siglos pasados. Cabezón Cámara regresa a la vida a un Martín Fierro algo diferente, un macho que huye de su masculinidad social y se enamora de su mejor amigo, el Sargento Cruz. Una *imitatio auctoris* muy al estilo de José Hernández; Fierro, un hombre macho ahora afeminado, controversial para aquel hombre macho de la sociedad de su tiempo. Un Martín liberado en su propia prisión. Una nueva vida. Un nuevo hombre. “Un macho calado”, como se le denomina en ciertos contextos de forma burlesca.

Dentro de nuestro análisis mencionamos a Soraya Riguetti, que en su artículo “*Las aventuras de la China Iron* de Gabriela Cabezón Cámara: ruptura y reinención de la tradición” afirma que “(Cabezón Cámara) cambia el verso y la entonación gauchesca por la prosa pero, manteniéndose atenta a los procedimientos propios de la poesía, recurso que le aporta a la novela, un efecto de contigüidad con el poema de Hernández.” (2)

Es así que para hablar de la *imitatio auctoris* en *Las Aventuras de la China Iron*, hay que explicar la forma poética utilizada por José Hernández durante la escritura de *El Gaucho*

Martín Fierro; según se menciona en “La Métrica del *Martín Fierro*” de Emilio Carilla, “tanto en la *Ida* como en la *Vuelta*, está escrito en versos octosílabos. Prácticamente, todo el poema (dentro de las no muchas variantes estróficas) con la única excepción de dos coplas de seguidillas que aparecen en la *Ida* (XI, vs. 1967-1968) y algunos eneasílabos aislados.” (1972: 455) Y señala que “Hernández defiende un aspecto que es consustancial al gaucho, aspecto que tiene para el autor fundamental importancia. Lo que conviene agregar (aunque esto no preocupe tanto a Hernández) es que el verso octosílabo, [es de] larga tradición en la métrica española” (1972: 456)

Esta idea continúa: “El *Martín Fierro* ofrece los cuatro tipos fundamentales, si bien la característica notoria del octosílabo en el poema de Hernández es la que corresponde —en relación a la estrofa— al octosílabo polirrítmico.” (Carilla, 1972: 458) En el poema se mantiene una estrofa particular y original, es decir; la sextilla, con ella el poema da inicio y desarrolla los versos.

Para continuar con nuestro análisis es necesario seguir con la idea de lo paródico dentro del texto mismo. Hemos de resaltar lo que menciona Righetti y por lo cual se puede traer de nuevo al *Martín Fierro* de José Hernández en el texto de Cabezón Cámara: “leemos escenas que nos sitúan en la frontera, núcleo narrativo e ideológico que no sólo designa un espacio geográfico, un límite sino que hace que la historia de *Martín Fierro* sea posible de ser contada. Esa dinámica de espacios y desplazamientos que comienza con el canto de la pena del gaucho cuando, por intervención del estado, éste se convierte en soldado y es enviado a la frontera. Ese es el punto de partida de la novela, el comienzo de *Las aventuras de la China Iron*, de la libertad, del descubrimiento”. (5)

Ya situados en una zona particular para ambos y cerca de un reencuentro inesperado, es ahí cuando la China sabe de Fierro y no sólo eso sino que cuenta lo que Hernández les platicó: “volvía a Fierro, contaba que le decían El Gallo hasta que le dejaron de decir, [...], le

cambiaron el nombre apenas le conocieron los vicios a Fierro” (Cabezón Cámara, 2017: 70)
Y con tono burlón continúa “la verdá de El Gallo es que era bien Gallina y así le empezaron a decir acá. No por cobarde [...] Lo vieron a los arrumacos con otro negro como él.” (Cabezón Cámara, 2017: 70)

En esta parte de la novela conocemos al personaje de José Hernández, a quien, a pesar de ser un personaje alusivo al aclamado autor; podemos ver como muestra de la homofobia de su época, ya que se refiere con desdén, burla y desprecio de Martín Fierro. Es una forma de conocer el momento y el pensamiento en el que José Hernández escribió a su gaucho. Es importante resaltar que el texto de Cabezón Cámara deconstruye el pensamiento argentino por un breve instante, asimismo se hace visible una sexualidad callada por aquel macho gauchesco que sigue por siglos oculta y en secreto, se ensalza una imagen varonil intachable, hasta que llegan Gabriela Cabezón Cámara y su China Iron.

Menciona Luis Enrique Escamilla en su artículo “Trans-fundar la Argentina. Nación, autoría y masculinidades en *Las aventuras de la China Iron* de Gabriela Cabezón Cámara” que “dislocar el tipo de masculinidad promovido por Hernández es quizá el eje central de este proyecto de Cabezón Cámara, en tanto que esa es precisamente la base sobre la cual descansa la construcción del sujeto y de la nación buscada por el *Martín Fierro*.” (2021: 20)

Sin embargo, es en el artículo *El peso de la escritura: crítica feminista y ficciones del cuerpo* de Mario David Cabrera, que se menciona que “es posible afirmar que la novela trabaja la reescritura del texto de José Hernández (y de los discursos asociados al proyecto civilizatorio del siglo XIX) a través de un proceso metafórico en el que pone de relieve las articulaciones entre sexualidad, naturaleza y comunidad.” (2020: 12) y prosigue; “la novela recupera la tradición de la escritura utópica a través de la fundación de una patria antirracista, anticapitalista, antiespecista y libre de etiquetas.” (Cabrera, 2020:12)

2.1. Análisis del capítulo “Ay, Chinita de mi vida” de *Las Aventuras de la China Iron*

La magia de la *imitatio auctoris* está en la forma en que se emulan las técnicas predilectas sin perder el verdadero objetivo: encontrar nuestra propia voz. Antes de analizar el capítulo que nos atañe es importante mencionar algunos ejemplos de grandes *imitatio auctoris*.

Don Quijote de la Mancha de Miguel de Cervantes, es y siempre será una lectura compleja pero llena de ingenio, una parodia sobresaliente. Un hombre enloquecido por las historias de caballería, unos renglones de imitación y burla hacia lo caballeresco, en especial a Feliciano de Silva. Muestra de la infalible habilidad de escritura. Un hombre que inventó a don Quijote, pero este a su vez inventa a Cide Hamete Benengeli, historiador musulmán, quien al mismo tiempo inventa al Quijote. Y este hecho se da como algo verdadero, una historia real contada en la traducción de un texto árabe al español.

Y don Quijote expresa al historiador que lo va a dar a conocer, muy al estilo caballeresco pero al estilo propio de un caballero loco. “Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora, que, dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel’.” (Miguel de Cervantes, 1992: 36).

Y continúa con su goce imaginativo “¡Dichosa edad, y siglo dichoso aquel donde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro!”. Son en estas líneas donde el Quijote le habla al historiador creado y creador “¡Oh tú, sabio encantador, quienquiera que

seas, a quien ha de tocar el ser cronista desta peregrina historia!, ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras” (1992: 36).

De igual manera en el primer capítulo; es cuando Miguel de Cervantes parodia la peculiar forma de hablar tan caballeresca y el Quijote imita lo que Feliciano de Silva escribía “La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura” (Miguel de Cervantes, 1992: 33). Para entender las técnicas imitadas por Miguel de Cervantes, hay que leer un fragmento del *Amadís de Grecia* escrito por Feliciano de Silva en 1530, y fallida continuación del *Amadís de Gaula* de Garci Rodríguez de Montalvo en 1508, así como un fragmento de éste. Veamos un fragmento de este último:

"Partido el rey Perión de la Pequeña Bretaña, como ya se os contó, de mucha congoja era su ánimo atormentado, así por la gran soledad que de su amiga sentía, que mucho de corazón la amaba, como por el sueño que ya oísteis que en tal sazón le sobreviniera. Pues llegado en su reino envió por todos sus ricos hombres y mandó a los obispos que consigo trajesen los más sabedores clérigos que en sus tierras había, esto para que aquél sueño le declarasen.” (Rodríguez de Montalvo, 1508) Dicho ejemplo es importante ya que tanto para el Quijote como para Miguel de Cervantes, este libro es el predilecto dentro de la literatura de caballería. Es tanpreciado que deben protegerlo; es un homenaje hacia el texto y al escritor.

Por el contrario, Feliciano de Silva, era considerado por Miguel de Cervantes como lo peor dentro de la literatura. Veamos como escribía: “El cavallero de la Ardiente Espada, después que al rey libró y d'él se despidió, por el camino por do havia venido se tornó, aunque algo apartado d'él como ya oistes. Él iba llagado, mas no tanto que le estorvasse mucho, y lo que más le fatigava era no saber la tierra ni adonde podía curarse, porque la tierra era del reino de Tarso y temía ser conocido en las armas.” (De Silva, 1530)

Para analizar un texto con la intención de saber si es o no una *imitatio auctoris* hay que poner suma atención a los tres niveles que existen entre el texto original y el texto imitativo, estos son: estructura, lenguaje y temática. En el Quijote, podemos observar los tres niveles fundamentales, la temática al abordar el leitmotiv que es la caballería, la estructura imita la prosa caballeresca y se burla de la misma y, por último, el lenguaje porque logra imitar la forma de hablar del siglo XIV.

Después de ver este gran ejemplo de imitación, podemos comenzar de lleno con el análisis de “Ay, Chinita de mi vida”. Estructura, temática y lenguaje, son los tres niveles que buscamos en los textos imitativos, algunos tendrán uno de esos niveles o bien dos, otros tendrán los tres, sin embargo, cabe mencionar que los niveles no se presentan de manera obvia para el lector ni para quien lo está analizando, es cuestión de tener precisa atención a los detalles escritos. Gabriela Cabezón Cámara logra los tres niveles, ya que imita la estructura, la temática y el lenguaje de un Martín Fierro idolatrado por su país.

El tema fundamental que impactó el recibimiento del libro de Gabriela Cabezón Cámara fue el descubrir al macho argentino como un homosexual, una pequeña posibilidad que atenta contra la masculinidad heteropatriarcal. Empero, Cabezón Cámara no es la primera en hacerlo. Para conocer otro ejemplo regresemos a México, un poeta que se reveló como homosexual dentro y fuera de la literatura fue Abigael Bohórquez (1936-1995), es importante no sólo por el hecho de transgredir con la concepción del hombre macho, sino que él también utilizó la técnica de la *imitatio auctoris*, creando nuevas visiones en su poesía homoerótica; Efraín Huerta la consideraba como “poderosa y macha poesía”.

Para demostrar el uso de esta técnica, veremos un pequeño fragmento de su poema *Aquí se dice de cómo según algunos hombres han compañía amorosa con otros hombres* de 1993.

De amor echele in oxo, fablel’e y allegueme;

non cabules, —me dixo— non faguete fornicio;
darete lecho, dixes, ganarás tu pitanza.

La noche apenas ala, de cras en cras cuerveaba
sus mozos allegándose a buscar la mesnada.²

Continuando con este ejemplo, es necesario leer un fragmento del *Libro de Buen amor* del Arcipreste de Hita, escrito en 1330; del cual se desprende la *imitatio auctoris* de Bohórquez, en específico el poema *Aquí fabla del pecado de la luxuria* del *Libro de Buen amor*. Esto para observar lo bien lograda que fue la *imitatio auctoris* de Bohórquez.

Siempre está loxuria a do quier que tú seas,
adulterio et forniçio todavía deseas,
luego quieres pecar con qualquier que tú veas,
por complir la loxuria en guiñando las oteas.

Bohórquez imita a su estilo al Arcipreste de Hita y sus versos alejandrinos dejan imágenes logradas en el lector. En este célebre ejemplo imita la estructura, el lenguaje y la temática del siglo XIV. Un hombre viviendo su sexualidad con un prostituto, ávido de amor y placer. Tal como aquel personaje homosexual ávido de amor y placer por su mejor amigo, el Sargento Cruz, ese sujeto llamado Martín Fierro.

De la misma forma, Gabriela Cabezón Cámara no es la primera en convertir en protagonista a un personaje secundario. Por ello es preciso ver un ejemplo antes de continuar; se trata de *Galaor* de Hugo Hiriart, escrito en 1972. Aquí el escritor trae a un personaje secundario del *Amadís de Gaula*, y lo presenta con una historia muy diferente con toques de una historia de caballería. Hugo Hiriart utiliza la misma técnica de Cabezón Cámara usa, le da voz a un personaje olvidado y secundario en una trama ajena y le da protagonismo, imitando el estilo del creador original de dichos personajes.

² *Breve antología de Abigael Bohórquez*
<https://circulodepoesia.com/2010/10/breve-antologia-de-abigael-bohorquez/>

Se dice que un hombre arrepentido aprende más que mil hombres valientes. Martín Fierro habla desde una nueva perspectiva, un hombre macho homosexual liberado en su sexualidad. Fierro confiesa la realidad que vivió, el amor verdadero que tuvo con Cruz y cómo esto cambió su vida, pero a su vez Dios lo castigó con la muerte de su amado. Según sus palabras. Aquí podemos observar un prejuicio hacia sí mismo. Por el sólo hecho de ser homosexual es merecedor de un castigo tan cruel, más allá de las muertes que causó o de cómo trató a la china. Ser homosexual tiene un peso mayor en su sociedad, aún más el reconocerse así y, peor aún, vivir la sexualidad entre varones, más bien entre machos.

“Lo dejé acercarse, lo dejé sentarse enfrente mío con la guitarra y lo escuchamos todos.” (Cabezón Cámara, 2017: 90). Es la frase que marca el inicio de la *imitatio auctoris* en *Las Aventuras de la China Iron*. Paso a paso Martín Fierro canta los momentos clave que lo hicieron más humano, que sintiera más allá de su hombría.

Desde el título del capítulo “Ay, Chinita de mi vida”, veremos el cambio de Martín Fierro; la china pasa a ser la China con mayúscula, una decisión autoral que impacta en el personaje imitado; deja de ser una más del montón y se vuelve importante ante sus ojos, el personaje deja atrás lo insignificante que fue en su vida aquella jovencita que se ganó en una partida. “¡Ay, Chinita de mi vida!” Es el primer verso que da inicio al canto del gaucho de Cabezón Cámara, es un verso en octosílabos con tintes de arrepentimiento y dolor ante la historia que está por versar. A pesar de estar versando un momento aparentemente diferente, la tristeza está en Martín, así lo deja claro José Hernández. “una pena extraordinaria, / como la ave solitaria/ con el cantar se consuela” (1872); él se encuentra desconsolado; es un hombre muy macho que va a contar su historia.

Destaca la métrica ideal que funda a la nación argentina. Memoria en octosílabos y resurrección gay en octosílabos. Agudas y graves son las ideas y palabras que marcan la métrica perfecta para un hombre macho y para un hombre tan macho que se descubre

homosexual. El gaucho de Cabezón Cámara sigue con su dolor: “Tanto le pedí yo a Dios/
Que me ruina con vos/ Para pedirte perdón/ Y para hacerte mi amiga, China de mi corazón.”
(Cabezón Cámara, 2017: 91) Ahora no es momento de tristeza por la deserción y su traición a
la patria, sino por la vergüenza y anhelo por encontrar a su China.

Soraya Righetti menciona que “la aparición de *Las aventuras de la China Iron* hace
releer al Martín Fierro de otro modo.”(2020: 8) José Isaacson afirma en su artículo “Una
lectura social del «Martín Fierro»” que “Si el poema es la culminación de un género, su
madurez textual deriva de factores concurrentes al punto que llega a ser la representación
estética de un universo social que parece surgir con una espontaneidad ajena a la creación
literaria. Este espejismo engaña a quienes niegan la dimensión cultural del poeta cuando,
precisamente, es el integrante vital de su cultura lo que le ha permitido crear al gaucho
prototípico y recrear la sociedad que lo engendró.” (2011)

Separándonos de lo que algunos estudiosos de la historia argentina opinan acerca del
Gauche Martín Fierro y de *Las Aventuras de la China Iron*. El análisis aquí realizado es,
obviamente sin adoración al poema nacional de Argentina; de igual forma sin el prejuicio
hacia la imitación; nos separamos tanto de él como nos sea posible para no tergiversar
nuestro estudio.

Su nombre y pasado son los mismos. La *imitatio auctoris* de Cabezón Cámara
comienza con Martín Fierro vestido de china, ya con su nueva identidad, algo imposible de
imaginar en el texto original. En ambos textos la guitarra y el canto versado son
fundamentales, las historias se versan separadas como los acontecimientos propios de cada
uno y con el travestimos del gaucho. La temática varía en su disposición pero sigue
trabajando la tristeza del gaucho cantor, el anhelo de un hombre que se acepta como
homosexual, que extraña a la esposa insignificante y de un hombre levantado por el ejército y
que más tarde traicionará a su patria.

La oralidad propia de un gaucho, reflejo de la sociedad de su tiempo. “Juiste”, “riuna”, “pidirte”, “juerza”, “estraordinaria”, “truje”, son elementos claves a la hora de imitar, debido a que tanto en el *Martín Fierro* como en *Las Aventuras de la China Iron* son un reflejo de lo que se vive; los modismos en el habla coloquial son importantes de representar porque sin ellos Gabriela Cabezón Cámara hubiese olvidado algo tan fundamental en el personaje y que lo caracteriza en su historia como en la de José Hernández.

En su estructura, los versos en octosílabos reúnen dos historias paralelas escritas en siglos y circunstancias totalmente diferentes. En el caso de Cabezón Cámara su rima es consonante con un esquema abbcac. La *imitatio auctoris* de Gabriela Cabezón Cámara, contiene los tres niveles de nuestra investigación. Engloba una historia nueva y vieja a la vez, que es una provocación hacia los nacionalistas argentinos, y no sólo es eso sino también una burla hacia la masculinidad, es por igual un homenaje a la mujer olvidada, menospreciada que no vale ni para ponerle un nombre; es travestir a un gaucho escrito por un hombre muy macho: José Hernández.

Este texto es una pequeña muestra de lo que, sabiéndola hacer, la *imitatio auctoris* nos puede dar.

Ahora sí, demos pie al análisis de nuestras imitaciones.

Capítulo 3

Autores, autora y sus *imitatio auctoris*

Las aventuras de la China Iron, así como los demás ejemplos, nos han ayudado a comprender el sendero dentro de la *imitatio auctoris*, es decir, la práctica de este recurso así como el análisis que diversos estudiosos han hecho acerca de los textos vistos, en especial sobre la novela de Gabriela Cabezón Cámara.

Ahora bien, elegimos a tres escritores y a una escritora; como en el caso de Cabezón Cámara, decidimos traerlos a este siglo desde nuestra perspectiva, claro está que con las variaciones propias que nos rigen, y no sólo eso, sino que también nos arriesgamos a explorar siglos y ciudades que no hemos conocido más que en papel y en fotografías. Siglo XIX y principios del siglo XXI son los momentos históricos donde se sitúan nuestros relatos; sin embargo es importante aclarar que, aunque se desarrollan en el mismo siglo, existen una serie de variaciones.

El Imperio ruso, Inglaterra, Ciudad de México y Estados Unidos, países que son mapas de la vida de nuestros protagonistas, con sus respectivos recursos literarios y sus propios contextos. Si bien nuestras *imitatio auctoris* no son de un solo texto, sí son la mezcla de varios de ellos. Tomamos un poco de aquí y de allá, sazonomos y listo; servida cada *imitatio auctoris*. Sin embargo, como hemos mencionado a lo largo de este trabajo, no es forzoso inmiscuirse en la imitación, sólo si se quiere experimentar; no es una obligación para quien escribe. Es importante aclarar que nuestros relatos imitativos no son *imitatio auctoris* estrictas, ya que esa nunca fue nuestra intención.

Es tiempo de dar una breve explicación sobre las decisiones y las elecciones que se realizaron al escribir estos textos. El recién llegado COVID-19 se instalaba en el mundo ocasionando una epidemia que nos llevó a una cuarentena que parecía no tener fin. El cambio

fue inevitable; en el caso de la educación nos vimos obligados a adentrarnos en la tecnología; si bien no eran una novedad ni el internet ni de las videollamadas, sí lo fue el implementarlos en la enseñanza.

Hemos de mencionar que esta implementación tuvo sus ventajas, algunas de ellas fueron que las distancias se acortaron y los tiempos en el transporte público desaparecieron, sí, las clases en planteles lejanos se pudieron tomar desde la sala, desde el baño, desde el comedor, desde la cama -con el riesgo de quedarse dormido o dormida- eso sí, sin buscar un buen atuendo, era más sencillo quedarse, en pijama y listo, a tomar clase.

Aunque también hubo desventajas como por ejemplo: el contacto humano fue nulo, las voces que participaban se callaron y sólo estuvieron sus fotos o sus videos apagados. Es importante recalcar que hablamos desde la perspectiva de quienes tuvimos la facilidad de contar con internet y una computadora o celular para continuar con nuestros estudios.

Fue así que el tiempo y la distancia hicieron de las suyas y nos dieron la oportunidad de tomar la clase de Narrativa europea y norteamericana del siglo XIX, ahí fue que dimos el primer paso en el sendero de la *imitatio auctoris*. Aquí es de suma importancia mencionar que los textos que elegimos fueron leídos en sus respectivas traducciones al español, ya que no contamos con la experiencia en los idiomas originales. Pero hay que recordar que así ha sido para toda la humanidad a lo largo de los siglos.

El primero en llegar a nosotros fue Fiódor Dostoievski con el cuento “El pequeño héroe” (1849) y con su novela *Noches blancas* (1848) que sirvieron como modelo para nuestro primer borrador: “*Rpoza: Tempestad*”. A este gran escritor le siguió otro grande: Edgar Allan Poe, con sus relatos “La carta robada” (1844) y “El retrato oval” (1842), pilares de “¿Cuándo?” Después de ellos llegó la única escritora del siglo XIX que leímos en clase, Emily Brontë, con su novela *Cumbres Borrascosas* (1847); es con esta obra que comienzan las primeras ideas de “Maldito Pueblo”, y por último, terminando nuestro viaje por el siglo

XIX, tuvimos la oportunidad de llegar hasta el siglo XXI con Guillermo Samperio, autor de “Ella habitaba un cuento” (2001), es ahí cuando se construyen los primeros cimientos de “L'escritora”. Cabe aclarar que este texto surgió en la clase de Literatura y fronteras.

Es cierto que a raíz de leer estos cuentos, relatos y novelas surgieron los primeros borradores para nuestras *imitatio auctoris*, sin embargo, para llegar a ello se tuvo que hacer un análisis de los diversos recursos literarios que los autores y la autora utilizaron en sus textos. ¿Cómo es cada voz narrativa?, ¿cómo son los personajes?, ¿qué temática tiene cada cual?, ¿cómo son las tramas?, etcétera.

Después de un extenso análisis se reconocieron algunas de las técnicas y recursos utilizados por cada uno de ellos y por ella y comenzaron los ejercicios de escritura; es importante este hecho, ya que surgieron como una actividad de clase que funcionó como estímulo para descubrir nuestro propio estilo.

Una vez mencionado el contexto, es tiempo de plantear la manera en que creamos nuestras *imitatio auctoris*, sin embargo, nos tomaremos un instante para recordar los tres niveles que habíamos mencionado en el capítulo anterior, es decir: la temática, el lenguaje y la estructura. Por tal motivo es relevante mencionar que dichos niveles no son del todo claros en estos textos, ya que el trabajo que hemos hecho en ellos ha provocado que se mezclen a tal grado que ya no son visibles, esto también porque no son *imitatio auctoris* estrictas. Las correcciones nos han ayudado a que las primeras ideas se hayan transformado hasta este punto. También debemos mencionar que el Reglamento de Titulación de la UACM establece un límite de páginas para la modalidad a que corresponde a este trabajo: Obra creativa con poética. Es por ello que no es posible hacer un análisis más extenso, tal como nos gustaría.

Bien, comencemos.

3.1. “*Rpoza: Tempestad*”, “El Pequeño héroe” y Noches Blancas

Primera *imitatio auctoris*: “*Rpoza: Tempestad*”. Como se mencionó anteriormente, el cuento “El pequeño héroe” y la novela *Noches Blancas* sirvieron como inspiración para crear este texto.

Comencemos con el narrador. Tanto *Noches Blancas* como en “El pequeño héroe” están narrados en primera persona, es decir, un narrador protagonista es el que va llevando la historia y todo lo que sabemos de los personajes que les rodean es a través de sus ojos, no tenemos la oportunidad de conocer más allá de lo que él/ella sabe, supone, conoce y descubre de sus coprotagonistas o personajes secundarios. De igual forma nuestra *imitatio auctoris* utiliza ese narrador: Tatiana Petrova, la protagonista, y sólo sabemos lo que ella sabe, como veremos en los fragmentos siguientes:

“Ya desde la mañana **me** atormentaba una extraña melancolía. Me pareció de pronto que a mí, hombre solitario, me abandonaba todo el mundo, que todos me rehuían.” (Dostoievski, 1848: 1).

“En julio **me** enviaron a pasar una temporada a un pueblo de los alrededores de Moscú, donde un pariente llamado T...ov, [...]” (Dostoievski, 1849: 1)

“Entré a la oficina, ahí **me** recibió el rostro marchito, por los cincuenta inviernos en su haber, de mi tío, [...]” (“*Rpoza: Tempestad*”)

El contexto en que ocurren los dos textos de Dostoievski es la Rusia Imperial, años antes de la Revolución, dicho contexto y país se reproducen en nuestra *imitatio auctoris*, sin embargo, en el caso de *Noches Blancas* la historia se desarrolla en San Petersburgo, antigua capital rusa, mientras que la *imitatio auctoris* se sitúa en Moscú tal y como pasa en el “El pequeño héroe”. Aunque no se especifica en qué año ocurren los hechos, por las descripciones y por el contexto de vida del propio autor podemos observar que estamos en el siglo XIX.

Cabe señalar que las edades de nuestros narradores protagonistas varían, en el caso de “El pequeño héroe” el personaje es un muchacho de 11 años, pero el narrador es mayor: “Por aquel entonces no tendría yo más de once años.” (Dostoievski, 1848: 1) en *Noches Blancas* es un hombre maduro de 26 años: “Tengo ya veintiséis años y nunca he conocido a nadie.” (Dostoievski, 1848: 5) y en la *imitatio auctoris* nuestra narradora es una mujer joven, aunque no sabemos la edad en concreto. Es importante el hecho de que ya no es un hombre quien narra, sino que es una mujer. En tanto a esta brecha de edad y de género que existe entre ellos, es relevante debido a que ésta los hace más reflexivos, ya que son diferentes sus maneras de ver la vida y el mundo que les rodea; recordemos que en el siglo XIX el concepto de infancia no era el mismo al que conocemos actualmente y la esperanza de vida no era alta, provocando que estos factores influyan en la narración.

Gracias a nuestros narradores podemos observar como resultado que el nivel de estructura es el mismo. Hay que destacar que el lenguaje es ameno y reflexivo en *Noches Blancas* y en “El pequeño héroe”; teniendo en cuenta esto, el lenguaje presentado en “*Rpозa: Tempestad*” pretende ser ameno y reflexivo, asimismo en la *imitatio auctoris* podemos observar ese distanciamiento en las palabras que existen entre el narrador y a quien está narrando.

En el caso de la temática, en los tres textos se aborda el enamoramiento, el anhelo por el otro y la incertidumbre de no saberse correspondido.

Nuestra *imitatio auctoris* es una mezcla de ideas tomadas de ambos textos. Al momento en que se escribieron, nació nuestra pasión por la historia rusa y el anhelo de conocer Rusia. Estas emociones fueron clave para decidir el contexto, en qué lugar se desarrollaría la historia, seguido por lo que queríamos escribir. Queríamos que fuera una mujer lesbiana enamorada y que la sociedad de su momento no se lo permitiese; este detalle es de suma importancia, ya que en dicho país aún es ilegal ser homosexual, y fue por eso que

se escribió de esa manera el primer diálogo de Natalia, la coprotagonista, en el momento más crucial de la relación entre ellas. Después se eligió la voz narradora: queríamos que tuviera una perspectiva temerosa, insegura, y al mismo tiempo que fuera reflexiva. De acuerdo a estas ideas, las primeras líneas comenzaron a ser narradas por Tatiana Petrova.

La diferencia más grande y notoria es el hecho de que esta *imitatio auctoris* es un relato lésbico. Lamentablemente en pleno siglo XXI la homosexualidad sigue siendo ilegal en la sociedad rusa, y en específico la homosexualidad femenina ha sido y es invisibilizada, no sólo en Rusia sino en el mundo. Este dato es relevante ya que, como mencionamos antes, se aleja de las temáticas que en aquel siglo se abordaban, ya que era un tema tabú, de igual forma es una manera de reivindicar todas las voces que no fueron escuchadas y todas aquellas que fueron asesinadas sólo por no estar dentro de lo “normal”. Esto es lo que podemos decir acerca de la manera en que escribimos este relato.

3.2. “¿Cuándo?”, “La carta robada” y “El retrato oval”

Ahora continuemos con “¿Cuándo?” La *imitatio auctoris* de Edgar Allan Poe. El cuento y el relato seleccionados fueron “La carta robada” y “El retrato oval”.

Es bien sabido que Edgar Allan Poe es el padre del terror moderno. Sabemos que acostumbraba repetir determinados términos, palabras que provocaran un impacto en el lector, por ello estas repeticiones son uno de los ejes que hacen caminar a la historia narrada. Hay que mencionar que las reiteraciones en el cuento tienen el momento indicado para provocar esa incertidumbre, ya que si se hacen sin sentido estas perderían fuerza en el texto.

En los tres casos, es decir, los dos cuentos de Allan Poe así como en la *imitatio auctoris*, la voz narrativa está en primera persona. Esto adentra más al lector en las sensaciones, emociones y en la desesperación del protagonista. En el cuento “La carta robada” podemos ver que es más un juego con el coprotagonista y con el lector, es decir, el narrador menciona lo que quiere a través de su perspectiva: “Al anochecer de una tarde

oscura y tormentosa en el otoño de 18..., me hallaba en París, [...]” (Poe, 2015: 394) En “El retrato oval” el narrador platica lo que está viviendo al quedarse por una noche en el castillo abandonado que encuentra en su camino, ahí le suceden cosas inexplicables: “El castillo en el cual mi criado se le había ocurrido penetrar a la fuerza” (Poe, 2015: 1) mientras que en nuestra *imitatio auctoris*, “¿Cuándo?”, el personaje es un prisionero que no sabe en qué momento será ejecutado y esto le provoca un gran terror, “Me mantengo en la misma posición, mis manos huesudas y llenas de porquería.” Hemos de notar que los tres protagonistas están dentro de una angustia constante, si bien es menor en el caso de “La carta robada”. En los tres hay un juego que nos inmiscuye como si fuéramos los propios protagonistas. Esta incertidumbre, más el ambiente lúgubre, la soledad que hay en ellos y a su alrededor, nos tensan a la hora de leer.

Respecto al lenguaje, hay que considerar el uso tan característico de las reiteraciones; como ya se hizo notar, Edgar Allan Poe repite varios términos a lo largo de sus historias, provocando miedo por el futuro incierto de los personajes. Es así como en nuestra *imitatio auctoris* este recurso se utiliza para mostrar la angustia del preso. Algo interesante es que Poe sabe paso a paso lo que va a suceder en el cuento o relato. Nada es espontáneo, todo tiene un porqué.

Haciendo referencia a la manera de escribir de Edgar Allan Poe, es inevitable contar nuestra experiencia creativa a la hora de construir la *imitatio auctoris* correspondiente. A pesar de no ser la primera vez en que leíamos a este autor, nos costó demasiado conectar con él, no terminamos de entender su forma de crear; por ello al escribir el primer borrador no sabíamos por dónde empezar. Por ese motivo creemos que, de algún modo, vivimos la escritura tal como si estuviéramos en uno de los cuentos de ese autor, ya que pasamos por las fases que él narra, desde la incertidumbre de no saber qué y cómo escribirlo hasta sufrir durante el desarrollo de lo que estábamos creando y por último vivir la más gratificante

sensación por haber librado la prueba. Sin duda fue una experiencia que volveríamos a vivir; al final de cuentas nos queda un gozo único, mezcla de sufrimiento y felicidad, por haber terminado un proyecto así.

3.3. “Maldito pueblo” y *Cumbres Borrascosas*

Nuestra siguiente emulación es “Maldito pueblo”, donde utilizamos ciertos recursos que Emily Brontë utiliza en su novela *Cumbres Borrascosas*.

En ambos textos podemos observar una temática específica: el odio. En la *imitatio auctoris* Joseph Smith es obligado a dejar su vida de lujos para ir a vivir a un pueblo abandonado por la mano de Dios, debido a que su padre provoca la bancarrota de la familia, sin embargo, el amor tocará su puerta. “Ojalá se pudra en el infierno como yo me pudriré en este maldito pueblo.” (“Maldito pueblo”). Mientras que en *Cumbres Borrascosas* el odio y la venganza están inmersas por toda la historia.

En ambos textos el amor está presente, y en los dos casos existe una resistencia, ya sea por odio o porque no hay atracción, o simplemente porque amar significa para el personaje sellar su desdicha, como lo es en el caso de la *imitatio auctoris*. “y fue ahí donde la vi por primera vez; sus ojos verdes me miraron con las pupilas contraídas [...]” (“Maldito pueblo”)

“Era, y debe seguir siendo, el más odioso fariseo que se haya visto nunca [...]” (Brontë, 1847: 30)

En el caso de la estructura, los textos están narrados en primera persona. “Primero dudé entre quedarme en casa, junto al fuego, [...]” (Brontë, 1847: 7)

“**Me** quedé observando fijamente la atrocidad del desayuno” (“Maldito pueblo”)

El contexto en que se desarrollan tanto la novela como la imitación es el Londres de 1800, además de que ambos textos ocurren en la provincia británica. En el caso de *Cumbres Borrascosas* es en Yorkshire, sin embargo, en “Maldito Pueblo” no tenemos la ubicación

exacta, aunque gracias a las descripciones sabemos que es fuera de la ciudad, algo que no le agrada a nuestro protagonista.

3.4. “L’escritora” y “Ella habitaba un cuento”

Por último veremos nuestra quinta *imitatio auctoris*, “L’escritora”, texto imitativo de Guillermo Samperio y su narración “Ella habitaba un cuento”.

Para nuestro pequeño análisis es valioso hacer referencia a un concepto que nos es importante para esta parte, nos referimos a la metalepsis. Helena Beristáin la define como “*Figura retórica* que consiste en la utilización de *oraciones* sinónimas “semánticamente inapropiadas en el *contexto*” cuyo empleo produce extrañeza o sorpresa poética.” (2018: 320) Sin embargo, párrafos e ideas más adelante hace referencia a Genette, ahí Beristáin menciona que “En la moderna *retórica* (Genette) denomina de este mismo modo los traslados de un *nivel* ficcional a otro en las construcciones en *abismo*, ya sea que los realicen los personajes o el narrador.” (2018: 320) Y hace alusión al cuento *Continuidad de los parques*: “es un hermoso ejemplo en el que se produce la ilusión de que los personajes homodiegéticos -que transcurren en la *historia* leída por el personaje diegético- en cierto momento se introducen en ésta, y aun se pasan a la dimensión extralingüística, nuestra, es decir, de los lectores de CORTÁZAR” (321: 2013).

Como se hace notar, es un juego que existe entre el narrador personaje y el personaje narrador, el segundo sale al mundo del primero ocasionando un movimiento extraño para quien lee. Es ahí donde podemos observar que su temática es la misma por el uso de esa sorpresa para el lector y para el propio narrador, ya que existe una conexión entre Angélica Hugo y Cristina Ladrón, al verse sumergidas en un mismo mundo, así como sucede en “Ella habitaba un cuento” luego de que Ofelia, la mujer (personaje) se encuentre con el escritor, Guillermo Segovia, en la realidad de este último. En esta *imitatio auctoris* podemos observar

el empleo de este recurso, así como en *Continuidad de los parques* y *Usted se tendió a tu lado* de Julio Cortázar.

En tanto a la estructura, ambos personajes principales -es decir, el primer nivel del mundo que se construye- son escritores: “Durante las primeras horas de la noche, el escritor Guillermo Segovia [...]” (Samperio, 2011: 6) y “-Aquí está mi escritora preferida. Pasa, querida y siéntate.” (“L’escritora”). Asimismo los dos textos comparten un submundo, es decir, donde se desarrolla la historia que ellos están escribiendo, de igual forma los personajes creados por ambos son mujeres. “Una bufanda violeta rodeaba el largo cuello de la mujer” (Samperio, 2011: 10) y “-Cristina, ya son las once- la voz de mi abuela me hacía detener [...]” (“L’escritora”).

Otra cosa en común es la decisión del uso de itálicas para hacer más explícito el submundo. En el caso de la *imitatio auctoris*, además de ese aspecto se decidió dar dos golpes de sangría para que fuera aún más notorio. De igual manera, las narraciones de Cristina y Ofelia están en copretérito, sin embargo, en el caso de Angélica y Guillermo, están en presente y en pretérito, respectivamente.

Sin duda ambos mundo se unen, y sorprenden al lector, tanto o más que al propio narrador.

Como conclusión, la experiencia creativa que tuvimos en los primeros borradores de nuestras *imitatio auctoris* fueron muy variadas, algunos detalles se borraron con el paso del tiempo; empero, conforme se retomaron los relatos y se trabajaron hasta lo que hoy son, se vivieron nuevos procesos creativos. Lo más significativo de todo ello fue la sensación que teníamos al escribir; es decir, era como si nuestro cerebro se dividiera en cada relato. Cuando estábamos en uno escribíamos de cierta manera, pero cuando en seguida nos pasábamos al otro, éste cambiaba el switch, por así decirlo, y ahora escribíamos a la manera del otro autor. Sin duda fue un reto muy interesante, ya que los cuatro relatos presentados se fueron

trabajando prácticamente al mismo tiempo. Aunque cada uno tenía su momento para ser escrito, todos se trabajaban el mismo día. Algunos descansaban mientras otro continuaba construyéndose, pero nunca se dejó de pensar en cómo iba a continuar cada uno de ellos.

No hay duda de que son cautivadoras las perspectivas y de la época a través de los escritores y de la escritora que elegimos. Gracias a estos vestigios de sus propios pensamientos, de su visión de cada entorno es cómo podemos ser testigos de esos siglos pasados, y de esa manera inmiscuirnos en sus recursos y técnicas para imitarlos creativamente y conseguir nuestro propio estilo.

Es cierto que no existe una sola forma de escribir y que la originalidad depende de cada quien. Es ahí cuando entra el toque que le damos a nuestros textos, la manera en que contamos la historia que nos es interesante para que los lectores la conozcan. No pretendemos ser como nuestros ídolos, aunque tal vez quisiéramos pertenecer a un nuevo círculo intelectual, tan importante como el de ellos. En algún momento puede que sea posible, pero qué mejor que hacerlo con nuestra propia voz y a nuestro propio estilo, sólo así seremos grandes entre los grandes algún día.

La *imitatio auctoris* nos abre una vista multicromática y multidimensional de la literatura; vemos tantas ideas y recursos que imaginamos más de lo que alguna vez creímos. Ahora bien, este recurso sólo es una opción; hay quienes la utilizan -muchas veces inconscientemente- y hay quienes no. Sólo hay que disfrutar de la escritura, de la literatura y de las vidas que creamos en nuestra mente y que luego plasmamos en una hoja o en una pantalla.

Conclusiones

Experimentación: la clave de la *Imitatio auctoris*.

Una analogía práctica que podemos establecer para explicar la *imitatio auctoris* es compararla con el acto de cocinar. Ahora explicaremos el porqué.

La experimentación y la imaginación son los ejes principales en ambos casos, debido a que sin ellas dos tal vez la comida mexicana o italiana no serían igual, así como la literatura universal o nacional serían monótonas y aburridas. El pensamiento de aquellos que nos anteceden permanece en sus letras. Las técnicas y recursos literarios son como la mejor receta de la abuela, pasan de generación en generación, pero hay quien la sigue al pie de la letra y quienes le dan su toque personal. Esto es muy parecido en el mundo de la *imitatio auctoris*. En la cocina algunas personas se resisten a hacer el más mínimo cambio, mientras que otras van experimentando con nuevos y viejos ingredientes hasta dar con su propia receta y con su propio sazón.

En el mundo de la escritura creativa es así; claro, esto no en todas las ocasiones es obvio, ya que no somos conscientes en su totalidad de aquello que tomamos prestado. Esto a menos que lo hagamos de manera deliberada como en la *imitatio auctoris*. Pongamos un ejemplo: si tomamos un poco del estilo de Edgar Allan Poe, pero a su vez tomamos la temática rural de Horacio Quiroga y al mismo tiempo una pizca del trabajo con el lenguaje de Juan Rulfo y por último adornamos con algo del realismo mágico de García Márquez, obtenemos algo nuevo, acerca de la calidad del resultado no hablaremos pero es importante la experimentación.

Podemos decir que tomamos los ingredientes esenciales de cada autor para así dar con nuestra voz, tal y como recomendaba Borges. En ocasiones trabajamos sobre tres niveles: lenguaje, estructura y temática. Como se hace en la cocina, la variedad de comida que

conocemos ha experimentado tantos cambios y ha tomado prestados ingredientes de diferentes culturas, hasta hacerlos nuestros y construir nuestra propia identidad culinaria.

Tanto en la cocina como en la literatura hay prueba y error. Hay veces que nuestro relato nos encanta, pero al leerlo en voz alta notamos cosas que no quedan muy coherentes, así que tenemos que cambiarlo, y así sucesivamente hasta obtener lo que queremos o descubrir algo más satisfactorio, es decir, la receta perfecta para cada caso. Ahora bien, está claro que una cosa es imitar y otra es copiar. Si bien podemos tomar recursos que otros utilizaron, nuestra historia es a nuestro modo por la manera en que la escribimos, ¿y cómo hacemos eso? Lo hacemos por medio de la experiencia de vida y de lectura. A lo que nos referimos es que es importante la perspectiva, desde dónde vemos las cosas, no es lo mismo que alguien homofóbico escriba acerca de un personaje gay o lesbiana, que escribir desde la propia vivencia de quién lo es. En primer lugar porque es poco probable que consiga verosimilitud y en segundo porque lo condenaría como la peor cosa que el mundo haya habido.

La *imitatio auctoris* nos da la oportunidad de hacernos conscientes de los préstamos en nuestros textos, de igual forma, al sabernos escritores y escritoras de nuestro tiempo, podemos escribir de la actualidad, de tantos tiempos y lugares, hasta lo podemos hacer de una época pasada, desde luego para ello hay que investigar el qué, el cómo y el cuándo del siglo o momento que elegimos.

Adentrarse en el mundo de la *imitatio auctoris* no es fácil empero es de suma atención y de destreza, ya que nos podemos perder en esta técnica si no se utiliza con cautela.

La vida y la literatura tienen sus similitudes, las sufrimos y las gozamos, ambas contienen matices tan diversos que en ocasiones no nos percatamos de ellos, conseguir nuestro estilo y la voz propia es el sentido de la vida creativa; las historias ya están contadas

ahora hay que contarlas como sólo nosotros sabemos hacerlo, imaginemos, divirtámonos escribiendo un nuevo mundo, nuevas reglas con nuestro toque particular.

Vivimos las historias que creamos. Sufrimos con nuestros protagonistas pero planeamos con nuestros villanos. Corremos las prisas por crecer de un niño y morimos lento con un anciano. Geminos con amor puro y lloramos la muerte del mismo. Escribir y amar son sinónimo para la escritora que plasma sus ideas en la hoja digital a través de su teclado y de su mente.

Imaginar sin escribir no impacta pero escribir e imaginar deja una huella en quien nos lee.

Bibliohemerografía

Aguilar Passano, María del Pilar. “Plagio, un problema emergente en la escritura académica” en *Revista Uruguaya de Cardiología*, núm. 34, s.l, (2019): pp. 139-140

Aristóteles. *La Poética*. México: UNAM; 1979.

Álvarez Ramos, Eva. “El concepto de tradición clásica y su permanencia en la poesía contemporánea española (de 1950 a la actualidad)”, en *Dicenda*. Estudios de Lengua y Literatura Españolas, s.l, 2018, 36, págs 9-31.

Allan Poe, Edgar. *La filosofía de la composición*. México, Fontarama. 2016. pp. 65

Ibidem. “La carta robada”, en *Cuentos Edgar Allan Poe*. Madrid, Alianza Editorial, 2015, págs 394- 407

ibidem. “El retrato oval”, en *Cuentos Edgar Allan Poe*. Madrid, Alianza Editorial, 2015, págs 341- 343

Beristáin, Helena. *Diccionario de Retórica y Poética*. México: Editorial Porrúa. 2018 pp. 520

Bloom, Harold. *La angustia de la influencia*. Caracas: Monte Ávila Editores. 1991, págs: 15-25

Brontë, Emily. *Cumbres borrascosas*. México: Fundación Carlos Slim.

Cabezón Cámara, Gabriela. *Las aventuras de la China Iron*, Buenos Aires: Penguin Random House, 2017

Cabrera Infante, Guillermo. *Exorcismos de esti(l)o*. Barcelona: Seix Barral, 1976. págs. 304

Código Penal Federal

———, “Galaor” en *DINAM. Diccionario de nombres del ciclo amadisiano*

David Cabrera, Mario Federico. “El peso de la escritura: crítica feminista y ficciones del cuerpo”, en *Revista en línea del Grupo de Investigación de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*. Vol. 22 (2020): Págs. 1-16

Declaración Universal de Derechos Humanos. Organización de Naciones Unidas (ONU)

Demetrio, *Sobre el estilo*. Madrid, España: Editorial Gredos S.A. 1996. pp. 125

Escamilla Frías, Luis Enrique. “Trans-fundar la Argentina. Nación, autoría y masculinidades en *Las aventuras de la China Iron* de Gabriela Cabezón Cámara”. en *Cuadernos del Cilha*. no. 34, s.l (2021): págs: 1-27

Dostoievski, Fiódor. “El pequeño héroe”, 1849.

Ibidem. *Noches Blancas*. 1848.

Gelvis Barón, Jairo Alonso. “La mimesis aristotélica y platónica en la poesía contemporánea” en *Corporación Universitaria Minuto de Dios. Congregación de Jesús y María*, No. 3, s.l: pp. 7

Hegel, Guillermo Federico. *Filosofía del Derecho*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Claridad S. A. 1968. págs 90-91

Isacson, José. “Una lectura social del ‘Martín Fierro’” en *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*. 2011.

Jitrik, Noé. Capítulo “Rehabilitación de la parodia”, en *Para leer la parodia*. Literatura Latinoamericana II, s.l: 1993

Levine, Suzanne Jill. “La traducción como camino de autoescritura”, en UNCATEGORIZED. trad. Caro Friszman, no. 12, s.l: 2019

Martínez Fernández, Iker. “Ética, estética e historia en Dionisio de Halicarnaso: imitación y construcción de la tradición”, en *Revista de Filosofía*. No.43, s.l, 2018: pp. 9-26

Miró, Martín, *De Imitatione. Sobre la imitación*. edición bilingüe de Oriol Miró Martí, Nueva York, IDEA, 2017

Moral Cañete, Francisco. “El *Amadís de Grecia* de Feliciano de Silva en la producción caballeresca hispana (II)” en *AnMal*, XXXII, 2, 2009, págs. 433-461.

Narro Pérez, Isabel. *15 características del romanticismo*. Conamat, 2022

Nettel Díaz, Ana Laura. “Derecho de autor y plagio” en *alegatos*. México: No. 83, 2013. pp. 135- 152.

Perromat Agustín, Kevin. *El plagio en las literaturas hispánicas: Historia, Teoría y Práctica*, París, Francia: Universidad París- Sorbonne. 2010. pp. 754

Righetti, Soraya. “*Las aventuras de la China Iron* de Gabriela Cabezón Cámara: ruptura y reinención de la tradición”, en *Literaturas de la Argentina y sus fronteras: tensiones, disensos y convergencias*. Instituto Superior del Profesorado no. 5 “Perito Francisco Moreno”, Santa Fe

Roger Chartier, *L’Ordre des livres. Lecteurs, auteurs, bibliothèques en Europe entre le XIVE et XVIIIe siècle*, Paris: ALINEA, 1992, págs. 19-22.

Rosen, Charles. “Influencia inspiración y plagio” en *Quodlibet: revista de especialización musical*, No. 13. 1999, págs 13-30

Rotger, Patricia. “Desierto sonoro: sexualidad lesbiana y gauchesca en *Las Aventuras de la China Iron*, de Gabriela Cabezón Cámara” en *Interdisciplina 10*, no. 27. 2022: 45-52

Ruiz, Juan, Arcipreste de Hita. *El Libro de Buen Amor*, Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2000.

https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-libro-de-buen-amor--0/html/ff0ec418-82b1-11df-acc7-002185ce6064_28.html#I_31

Samperio, Guillermo. “Ella habitaba un cuento”, en *El cuento 98 contemporáneo: Material de lectura*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. 2011.

Schaeffer, Jean-Marie. *¿Qué es un género literario?* España: Ediciones Akal. 2006

Stemmer-Rathenberg, Anke. *Imitatives Schreiben zu Prosatexten*. Alemania: Universität Augsburg, 2009.

Uña Juárez, Agustín. “Plotino: el sistema del Uno. Características generales” en *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, Universidad Complutense de Madrid. Vol. 19, 2002: pp. 99-128

Viñas Piquer, David. “2.3. *La imitatio auctoris*” en *Historia de la crítica literaria*. Barcelona, España: Editorial Ariel S. A. 2002: pág. 151

Weaire, Gavin (2002): “The relationship between Dionysius of Halicarnassus De Imitatione and Epistula ad Pompeium”, *Classical Philology*, Vol. 97, N°4, pp. 351-359.